

ARAGÓN



(Fot. E. Cativiela)

NOVIEMBRE, 1927
PRECIO: 2 PESETAS

BANCO DE ARAGÓN-Zaragoza

CAPITAL, totalmente desembolsado.....	10.000.000 de pesetas
RESERVAS	4.350.000 > >
Total.....	14.350.000 > >

SUCURSALES: Alcañiz, Barbastro, Burgo de Osma, Calatayud, Carlisma, Caspe, Daroca, Ejea de los Caballeros, Fraga, Huesca, Jaca, Lérida, Molina de Aragón, Monzón, Sigüenza, Sorla, Tarazona, Teruel y Tortosa

BANCA - BOLSA - CAMBIO

INTERESES QUE ABONA EN LA CENTRAL Y SUCURSALES:

Cuentas corrientes a la vista.....	2 1/2 % anual
Imposiciones a plazo de 3 meses	3 > >
» » » 6	3 1/2 » >
» » » un año	4 > >

CAJA DE AHORROS: LIBRETAS AL 3 % DE INTERÉS ANUAL

DEPARTAMENTO ESPECIAL DE CAJAS FUERTES DE ALQUILER

Préstamos con garantía de fincas rústicas y urbanas por cuenta del BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA



Gran Hotel de Europa ZARAGOZA

ESPLÉNDIDA SITUACIÓN EN EL ÚNICO CENTRO DE LA CIUDAD ~ PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN ~ COSO ~ PASEO DE LA INDEPENDENCIA ~ ~ ~ ~

GRANDES REFORMAS ~ GRAN CONFORT

48 balcones al exterior / Habitaciones con cuarto de baño «privado» / Water-Closet y Toilette completa / Servicio de agua caliente y fría en las demás habitaciones / Baños / Salones independientes para familias / Calefacción / Hall / Restaurant con cocina renombrada / Autobús / Intérprete y mozo en las estaciones / Teléfono Interurbano y Urbano n.º 210 / Agencia de la Compañía de Coches Camas

Propietario: **RAFAEL ALONSO**
Sucesor de G. Zoppetti



FÁBRICA DE PLATERIA

GRABADO MEDALLAS
ARTÍCULOS RELIGIOSOS
ANTIGUOS TALLERES DE
FACI H^{NOS}.



PE DRO FACI GOYA N.º 12 ZARAGOZA



Diplomas de Honor y Medallas de oro en la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza 1908, y en la de Valencia 1909, y dos medallas de oro en la Exposición Internacional de Artes Decorativas de París 1925.

FÁBRICA DE ORNAMENTOS DE IGLESIA JUSTO BURILLO

Luis Vives, 7, entresuelo, y Paz, 10

VALENCIA (España)

EXPORTACIÓN A LAS AMÉRICAS

Terciopelos (Tisús) en plata y oro fino a realce y plano.

Espolines, Rasos y Noblezas en seda, metal, plata y oro fino del mejor título y garantizado.

Géneros especiales para trajes corales

Damascos y toda clase de tejidos de seda para ornamentos y tapicería.

Pasamanería de seda, oro fino y plata, y todo lo relativo al Culto divino.

Encajes y guarniciones de todas clases para Albas y Roquetes.

Orfebrería religiosa, Cálices, Copones, Candelabros, etc., etc.

Esculturas: Altares, Imágenes en madera artísticamente tallada y en madera artificial indulgenciable.

Talleres de Bordados a mano artísticos. Especialidad en bordados de figura, sedas y oro fino a gran realce para

Casullas, Ternos, Túnicas, Mantos, Palios, Estandartes, etc.

Especialidad en Banderas para Somatenes y Asociaciones. **PRECIOS ESPECIALES.**

Esta casa, que desde su fundación viene mereciendo la confianza de las más altas dignidades de la Iglesia y del clero en general, ha sido honrada también con varios encargos de SS. MM. los Reyes, SS. AA. RR. los Infantes D.^a Isabel, D. Carlos, D.^a Luisa, y la más distinguida nobleza.

Se restauran Ornamentos antiguos de todos los estilos y se traspasan a otros fondos, garantizando su perfección.

ANIS DEL MONO

VICENTE BOSCH

BADALONA

ESPAÑA



CONSTRUCCIÓN Y DECORACIÓN, S. A.

Plaza de la Constitución, 3, entlo. — ZARAGOZA

NEOLITA

Material aplicable a toda clase de construcciones.

Piedra artificial - Revocos - Decoración

XILOLITA

Pisos continuos de madera reconstituida - Resistente

Duradero - Higiénico

ACERITA

Firme especial para carreteras y lugares sometidos a grandes esfuerzos

INFORMES, CONDICIONES Y PRESUPUESTOS GRATUITOS

Delegaciones en: MADRID, BARCELONA, VALENCIA, SEVILLA, BILBAO, VIGO, BURGOS, LEÓN, PALENCIA, SALAMANCA, LOGROÑO, GIJÓN, PAMPLONA, TUDELA, LODOSA, TAFALLA, SARIÑENA y SÁDABA.

SUMARIO

Meditaciones: En el día de la fiesta de la paz y del soldado. El Santo Grial en Aragón (continuación), *Dámaso Sangorrín*. El III Salón Internacional de Fotografía de Zaragoza, *Eloy Yanguas*. — El turismo en el Alto Aragón: San Martín de la Val de Onsera (conclusión), *Luis Mur*. — Unas ideas sobre el turismo, *S. I. P. A.* — El amado maestro, *Ramón Acín*. — Las maravillas de Piedra, *Carlos Sarthou Carreres*. — A Tarazona de Aragón (poesía), *Ricardo Aznar Casanova*. — Visitas al Museo Provincial (continuación), *Marín Sancho*. — La Carrasqueta de las trapazas, *Luis María de Arag.* — Un discurso del marqués Merry del Val. — Nuestra portada, *M. S.* — Vida de Pedro Saputo, *Braulio Foz*. — Labor del Sindicato.

Nuevos Socios.

NUESTRA PORTADA

ANSÓ: LA PLAZA

(FOT. E. CATIVIELA)

Siempre que alguien intenta dedicar un elogio a las bellezas que Aragón encierra, brota espontáneamente un nombre de los que concretan el elogio apetecido: ANSÓ. ¿Es un tópico? Jamás puede serlo. No lo es mentar el oro al hablar de Riqueza, el Sol cuando de la Luz, Dios cuando del Bien. No son tópicos, son necesidades inevitables, precisas.

Esto es Ansó. Una necesidad inevitable, precisa en la consideración ponderativa de nuestro país.

Por ello, al comentar la visión espléndida de la plaza de Ansó, que aparece en la cubierta de este número, surgen impetuosos centenares de elogios hacia este pueblo montaños, de significación tan extraordinaria en el relicario de Aragón.

Estos elogios, sin embargo, los acallamos hoy, para aplaudir a quien nos proporciona el disfrute de este lugar tan bello que representa nuestra portada.

Eduardo Cativiela, nuestro infatigable compañero en lides aragonesistas, es el autor de esta fotografía. Fácilmente podríamos dedicarle unos cuantos «piropos» a él y a su obra; pero son innecesarios. Que la fotografía es muy bonita, ella sola lo dice; que su autor es un artista, ella sola lo pregona.

Así pues, nos limitamos a felicitar al afortunado autor, y a ofrecer a los lectores de ARAGÓN, esta nueva joya de nuestro pintoresco país. — M. S.



VINIENDO DEL COSO

—¿Tendría usted la bondad de indicarme dirección recta para ir a la Plaza de S. Braulio?

—¡No faltaba más! Tome la calle de Alfonso y al llegar a la quinta travesía de la mano derecha (calle del Molino), frente a sus ojos aparece el rótulo de

FABRIL MANUFACTURA DEL VESTIDO

que es seguramente la casa que usted busca.

SAN BRAULIO, 9

(junto calle Alfonso)

APARTADO 102

TELÉFONO 12-07

Sucursal: COSO, 111 y 113 — ZARAGOZA

MEDITACIONES

EN EL DIA DE LA FIESTA
DE LA PAZ Y DEL SOLDADO.

AL VOLVER A SONAR EN LA FRAGVA EL MARTILLO,
AL VOLVER LOS ALADROS A RAJAR LAS TIERRAS,
AL SENTIR EN LAS ALMAS LA CARICIA DE PAZ
Y APAGARSE EL ODIOSO TREPIDAR DE CLARINES
Y CAÑONES ALLÁ EN TIERRAS DEL INFIEL,
VN RECVERDO IMBORRABLE CRECE EN NVESTROS
PENSAMIENTOS.

PASAN ERGVIDOS LOS CAVDILLOS VENCEDORES,
LOS SOLDADOS ANÓNIMOS QVE AYVDARON
A LA VICTORIA;
LAS MÚSICAS Y VÍTORES ATRVENAN;
LOS MVTILADOS ARRANCAN A LOS LABIOS
CONMISERACIÓN;
LOS ESPÍRITVS DE LOS MATADOS EN CAMPAÑA
FLOTAN SOBRE AQVELLA BARAHVNDA.

¡LAS VICTIMAS DE LA GVERRA!

ACORDAOS DE ELLAS, NO PARA LLORAR
EN PLAÑIDERAS,
NO PARA LANZAR AL VIENTO ODAS ÉPICAS
NI TRISTONAS.

ACORDÉMONOS DE ELLAS PARA HONRARLAS;
ACORDÉMONOS DE ELLAS PARA QVE JAMÁS,
NI POR NVESTRAS CVLPAS, NI POR NVESTRAS
AMBICIONES, VVELVAN A ENCRESPONARSE
LOS CORAZONES, NI TIEMBLÉN LOS ESPÍRITVS
AL CLAMOR DE LA ASQVEROSA IDEA DE
LA GVERRA.



REVISTA GRÁFICA DE CULTURA ARAGONESA

EL SANTO GRIAL EN ARAGÓN

IV

DE HUESCA A SAN JUAN DE LA PEÑA

H olgaría todo este capítulo—que, además, tendrá que ser largo—si quien lo escribe se atuviera cómodamente a explicar la presencia del Santo Cáliz en S. Juan de la Peña, utilizando lo que han dicho varios y notables autores, como Briz Martínez, Mariana, Abarca, Blancas, Carrillo, Flórez, etc., copiándose unos a otros y apoyándose todos en una frase a todas luces falsa del documento del rey D. Martín al recibir el venerando Vaso, la cual dice «que el beato Lorenzo lo envió con carta suya al Monasterio de S. Juan de la Peña, en las montañas de Aragón»; y no atreviéndose esos escritores a creer ni a hacer creer que ya existiera el Monasterio en tiempo de S. Lorenzo (por más que la credulidad pública entonces era campo abonado para las osadías de este género), le dan otra forma más viable a la frase y dicen, o dice por todos el citado Briz «que el Cáliz del Señor lo subieron a S. Juan de la Peña los obispos de Huesca: ellos lo tenían en su iglesia por haberlo enviado S. Lorenzo a su patria, que es aquella ciudad, apartada por solas nueve leguas de este Monasterio». Pero como tampoco es admisible este arreglo del primitivo error, o sea la insinuación de que el último obispo de Huesca, fugitivo cuando la invasión sarracena, ni mucho menos ninguno de sus antecesores, ni alguno de sus sucesores hasta el final del siglo XI subiera el Cáliz a S. Juan de la Peña, como iremos viendo oportunamente; por esto habremos de proceder un poco más despacio, averiguando en lo posible el camino que siguió el sagrado Vaso antes de llegar al Monasterio Pinatense, aunque esta investigación—que no tiene pretensiones de ser completa, pero sí de ser honrada y veraz—se prolongue más de lo que el paciente lector y el autor mismo quisieran.

Con esa expresión errónea que le dictaron al secretario de D. Martín en el famoso documento los monjes de S. Juan—que quizá no la creían ellos mismos—parece que se proponían dos cosas: añadirle a su Cenobio algunos siglos de antigüedad, y suprimir de un plumazo 360 años de la historia del Santo Cáliz, que eran asaz inquietantes para la legalidad de su posesión del célebre Grial. De haber existido cuando la invasión de los árabes el Monasterio en la cueva del monte de San Salvador—que así se llamó y sigue llamándose el que muchos equivocadamente dicen monte Pano—no habría sido imposible ni

extraño que se hubiera refugiado allí el obispo de Huesca con el sagrado Vaso, y así lo poseía de primera mano y con cierta legitimidad el Monasterio: pero como éste no tuvo vida regular y conventual hasta bien entrado el siglo X, o mejor hasta principios del XI con la reforma que introdujo el rey D. Sancho III, y ni la pobreza de los edificios que pudiera haber antes en la cueva (que les podemos conceder de antigüedad hasta la mitad del siglo IX escasamente) ni la vida eremítica, independiente y disgregada, de los anacoretas que allí estuvieran, ofrecían adecuado albergue para los obispos y garantía suficiente para un depósito tan valioso como el Cáliz del Señor, hay que creer que no llegó a S. Juan de la Peña por ese medio tan directo y tan fácil, que de tan fácil se hace extraordinario y sospechoso, sino por los rodeos que impusieron las vicisitudes de los tiempos.

Las nueve leguas de distancia que decía el Abad Briz, y las diez o doce horas que pudiera tardar en recorrerlas el portador del Cáliz desde Huesca al Monasterio, se van a convertir en *equis* leguas (cuarenta, cincuenta, ochenta...) y en más de tres siglos y medio de tiempo: cantidades tan respetables que no es posible ni conveniente despreciarlas.

Sigamos nuestro camino.

.

Con el Santo Cáliz vinieron de Roma a Huesca otros dos muy venerables objetos, que son como testigos de su autenticidad: una carta de S. Lorenzo y un pie del mismo glorioso Mártir. La carta se ha perdido; el pie todavía existe.

De la carta de S. Lorenzo consta en el documento de entrega del Santo Cáliz por el Monasterio Pinatense en 1399, como veremos en su lugar. Es muy natural que el santo Diácono, al entregarles a sus compatriotas la veneranda Copa para que la llevaran a Huesca, les diera por escrito noticias de ella—que equivalen a una Auténtica—y el nombre de la persona a quien iba dirigida. Si esa misiva era para su padre (cosa muy racional) o para otra persona de su intimidad o de su clase eclesiástica, no se sabe, ni es fácil que llegue a saberse jamás: lo único cierto hasta ahora es que existió la carta y que ni

ella ni el santo Cáliz pudieron ir a parar desde luego al obispo de Huesca, porque no lo había, ni a ninguna iglesia pública, que tampoco existían en Huesca en aquel siglo. Es muy explicable la pérdida de la carta de S. Lorenzo: recibido en Huesca el sagrado Cáliz y constándoles por ella su legitimidad y excelstitud, quizá conservasen algún tiempo el documento fehaciente para extender entre los cristianos la veneración que merecía tan insigne prenda, aunque con el secreto y precauciones que imponían aquellos tiempos de general persecución; pero ya, cuando ésta cesó y se declaró legal la religión cristiana por el edicto de Constantino de principios del siglo siguiente, y se divulgó en toda la región la noticia del Santo Cáliz y el respeto y devoción con que los oscenses lo veneraban, ya no creyeron necesaria la carta auténtica del insigne Diácono, porque ni remotamente pudieron sospechar aquellos buenos fieles que habría de venir un tiempo en que Huesca perdiese la sacratísima Reliquia, y que en los futuros siglos llegara a ponerse en duda su altísimo origen. Pudo también conservarse la carta hasta la época del rey D. Martín como compañera y testigo del Santo Cáliz, aunque se ve muy dudosa su conservación en aquellos azarosos tiempos; pero desde el inventario de las alhajas de ese monarca, ya no consta en ningún documento su existencia.

Otro testigo nos queda que acredita a su manera la autenticidad de nuestro Cáliz, y es el pie de S. Lorenzo. Pocos días, quizá pocas horas tuvieron que esperar los emisarios para poderle traer a S. Orencio una reliquia de su santo hijo Mártir con su carta y el Cáliz del Señor. Abrasado y deshecho el cuerpo de S. Lorenzo, no les debió ser muy difícil el conseguir una parte de él, la menos carbonizada, para llevársela a su patria como recuerdo del glorioso —aunque humanamente horrible— martirio de su ínclito paisano, y eligieron un pie: el cual hasta el día de hoy se conserva y con evidentes señales de haber sido quemado, según técnicos informes. Los que he podido recoger de la misma Villa de Yebra donde se venera esta importante reliquia, son éstos: La guarda una cajita de plata en el altar mayor de la iglesia parroquial, junto a otra urna más grande que contiene la cabeza de Santa Orosia: es el pie derecho, sin piel ni tejidos carnosos, maltrecho e incompleto, pues los dedos tercero y cuarto con sus uñas y restos ligamentosos están en un pequeño relicario aparte: faltan también la primera falange del pulgar, los huescillos tarsianos astrágalo y calcáneo y uno del metatarso: todos los demás continúan articulados entre sí, ennegrecidos y con señales indudables de la acción del fuego (tal vez menos destructora para este caso que la acción de la devoción indiscreta, en lo que falta para la integridad del pie). Con estos datos, ciertos y reales, consigno también la leyenda que narran los de Yebra para explicar su posesión de esta reliquia: Dicen que el diácono que la traía de Roma la dejó depositada en la iglesia, y cuando al día siguiente quiso recobrarla para continuar su camino, alegaron los del pueblo que había perdido todo derecho a ella por haber estado más de 24 horas en su poder, y se negaron a devolverla. Intervino el obispo de Huesca en la cuestión, y por todo arreglo accedieron a darle un dedo al reclamante, vengándose éste con ponerles a los de Yebra el apodo de *gabachos*, que aún les dura. Esta leyenda que, como la mayor parte de las que corren por el

mundo, sobre un fondo de realidad histórica aglomera detalles heterogéneos y anacrónicos, quiere explicar a su modo la procedencia del dedo del insigne Mártir que poseen en Huesca (que no es de este pie) aunque consta con toda certeza que no fué así, sino que lo trajo de Roma D. Jaime II y lo regaló a la Basílica de S. Lorenzo, movido de la especial devoción que le tenía al Santo por haber nacido en su día, 10 de Agosto.

* *

Después de la espantosa y general persecución de Valeriano, en la que sufrieron el martirio S. Sixto y S. Lorenzo, vino un período de relativa tranquilidad para los cristianos bajo el imperio de sus inmediatos sucesores, llegando a permitirse la edificación de algunas iglesias y hasta admitir sin reparo a los cristianos en cargos importantes de las milicias romanas. Así pasó, casi felizmente, para los españoles la segunda mitad del siglo III, aunque siempre con el temor de que una nueva orden imperial reprodujese las violencias y expoliaciones anteriores, como así ocurrió a principios [del IV en la última y más terrible de las persecuciones, que fué la decretada por Diocleciano y Maximiano hacia el año 303. Afortunadamente para nosotros —para nuestro Cáliz de Huesca, que es lo que nos interesa ahora— aquella persecución tuvo más de fanatismo que de codicia, y se cebó en las personas cristianas de mayor relieve, ya que no podían contar los tiranos con que aún poseyera la iglesia de Cristo grandes tesoros después de los saqueos anteriores. Pero fué gloriosísima para nuestro país en el sentido religioso, pues produjo mártires tan insignes como el Diácono Vicente de Huesca, Lamberto, Engracia y sus compañeros y los Innumerables de Zaragoza. Vino luego el Edicto de Milán y la paz de la Iglesia—un momento turbada después en algunos países por el Apóstata Juliano—y así continuaron los cristianos españoles progresando en la fe y en el culto sin grandes perturbaciones hasta la irrupción de los bárbaros del Norte.

Dominada esta comarca por los visigodos a principios del siglo V, estuvo bajo su poder hasta la invasión de los árabes en el VIII. En esos tres siglos no sufrieron nuestros cristianos persecuciones al estilo de las imperiales de los romanos, pero algo padeció la Iglesia en su fe por la herejía del arrianismo que muchos de los monarcas visigodos profesaron. Restaurada y consolidada la política cristiana con Recaredo, vino a enervarse en tiempos de sus sucesores el vigor de la disciplina social, llegando a plena decadencia en Ervigio, Witiza y Rodrigo, y dando ocasión a que los árabes mahometanos, que ya dominaban la Mauritania, [pasaran el Estrecho y destruyeran con asombrosa facilidad y rapidez el imperio visigótico. En esa época de trescientos años, el único peligro serio para nuestro Cáliz fué el de caer en manos de Childeberto, aquel rey de Paris que se llevó sesenta cálices artísticos de oro de las iglesias de España, para «restituirlos» a las de Francia y para servir de modelos a los orfebres de su nación: pero, o no pasó por Huesca el famoso cleptómano coleccionador de cálices ricos, o no quiso Dios que tuviera noticia del nuestro.

Después de morir S. Orencio—si nos decidimos a creer que este santo fué quien recibió en Huesca el sagrado Cáliz con el pie de su



Estampa de Santa Orosia

hijo—o cuando las leyes permitieron el culto cristiano y la edificación de iglesias, es natural que se depositaran en alguna de ellas el Cáliz del Señor y el pie de su glorioso Mártir para darles el culto correspondiente. Luego se erigió la diócesis oscense con sede episcopal en la Ciudad «vencedora» (se ignora en qué fecha) siendo Vincencio el primer obispo que se tiene como cierto (año 553), pues no debemos perder el tiempo en discutir ni en consignar siquiera los obispos que inventaron como anteriores a él los falsos cronicones del fingido Auberto Hispalense. A Vincencio le sucedieron cinco prelados más antes de la invasión sarracena, todos indudables, según aparecen sus nombres y su cargo en documentos del Archivo catedral oscense y en sus subscripciones de presencia en los Concilios de Toledo; constando el último de esos cinco Gádiscalco o Gádisclo (tal vez Acisclo) que era obispo en 683 y tenía por Vicario a Audeberto en 693. En poder de esos prelados, o por lo menos bajo su inmediata vigilancia estuvo el sagrado Cáliz los 160 años últimos de la dominación visigoda.

Parece ser un hecho comprobado que las primeras iglesias públicas que se construyeron en Huesca, cuando lo permitió la tranquilidad de los tiempos bien entrado el siglo IV, fueron las de S. Pedro y S. Lorenzo, que todavía existen con los mismos títulos, aunque con renovada edificación. No hay ninguna razón que nos impida creer que la de S. Pedro se llamó así en memoria del Príncipe de los Apóstoles, como primer depositario del Cáliz del Señor y fundamento de su conservación en la Iglesia cristiana: (ya veremos otros indicios como éste). La iglesia de S. Lorenzo lleva claramente en su nombre la causa de su advocación. ¿Será extraordinario o fantástico el suponer que en la de S. Pedro se veneró el sagrado Cáliz del Maestro, y en la de S. Lorenzo la reliquia del insigne Tesorero que lo envió?

* *

Poco más de doscientos años había poseído Roma el Santo Cáliz: cuatrocientos cincuenta estuvo en Huesca. Salió de Roma para no caer en manos de los perseguidores de la Iglesia, y por igual motivo salió de Huesca a principios del siglo VIII.

De aquí en adelante la historia del sagrado Cáliz es más fácil de seguir, porque se van haciendo cada vez más breves los períodos en que podemos dividir su existencia conocida, y vamos hallando con más frecuencia testimonios y monumentos que la comprueban: pero siempre bajo el secreto y misterio que parecen ser el sino providencial del Vaso sacratísimo de Jesús. Oculto y secreto los primeros días en Jerusalén con los Apóstoles *propter metum judaeorum*, por miedo a los judíos; secreto y bien guardado en Roma por causa de las persecuciones; oculto y misterioso en Huesca hasta la paz de la iglesia; secreto y oculto en la odisea que emprendieron los obispos y fieles cristianos fugitivos por los Pirineos aragoneses; secretamente, casi furtivamente llegó a S. Juan de la Peña; rodeado de misterioso culto—inspirador de leyendas—lo guardó el Monasterio más de trescientos años, hasta que salió de él para caer pronto en el secreto y encierro de los archivos y sacristías, inaccesible al culto popular en mansiones regias muchos años, muchos lustros; tuvo una época brillante de espléndida adoración en Valencia por más de dos siglos, volviendo en los presentes a un estado de recogimiento y secreto excesivo tal vez, que fácilmente habría declinado hasta el olvido si la ópera de Wagner no hubiera hecho revivir su nombre y sus leyendas en todo el mundo.

Cuando la invasión de los árabes y la consiguiente devastación de nuestra Península, que los historiadores llaman «la pérdida y ruina total de España»—devastación que, dicho sea de paso, no debió ser únicamente producida por los invasores, pues no es creíble que se empeñaran en destruir y arrasar todo el territorio que querían poseer y disfrutar luego en paz, sino efectuada en gran parte por las innumerables turbas de gentes revoltosas del país, cansadas de la tiranía y de los procedimientos exclusivistas de los visigodos y acostumbradas a la vida de libertinaje y anarquía en aquellos tiempos de relajación del orden y de ausencia de autoridad—; cuando esa invasión mahometana se convirtió en persecución religiosa, luego de derrocado fácilmente el escaso poder militar del gobierno visigótico, huyeron los fieles cristianos con sus obispos y sacerdotes a refugiarse en las

montañas y parajes que creyeron seguros, llevándose «las cosas sagradas y las reliquias de los santos», para librarlas y librarse ellos de la perdición que les amenazaba.

«En poco más de dos años—dice nuestro cronista Marineo Sículo—ocuparon los moros casi toda España, excepto algunas comarcas de Asturias, Cantabria, Vasconia y Pirineos de Aragón, defendidas por la naturaleza y fragosidad del terreno: a ellas huyeron muchos cristianos para profesar libremente la religión, llevando consigo *Res sacras et Sanctorum reliquias*, las cosas sagradas y las reliquias de los santos».—«E los obispos— escribía Alfonso el Sabio de Castilla—fuxieron con las reliquias e se acogieron a las Asturias».

Un episodio glorioso de esa fuga de los cristianos con sus obispos y cosas sagradas, íntimamente relacionado con el Santo Cáliz y el pie de S. Lorenzo, lo tenemos en las Actas de nuestra Patrona Santa Orosia, examinadas y aprobadas definitivamente hace 25 años por la autoridad suprema de León XIII, fijando la fecha histórica del martirio y terminando de una vez de modo ya indiscutible las controversias seculares que sobre este punto se habían suscitado.

«La Virgen Orosia—dice la Lección aprobada por la Iglesia—tan ilustre por sus virtudes como por la nobleza de su estirpe, triunfó (*sufrió el martirio*) de la crueldad de los sarracenos en el siglo octavo, dando su vida por la fe. En el tiempo en que muchísimos cristianos se refugiaban en los montes Pirineos, llevando consigo las cosas sagradas para librarlas de la codicia de los moros, que ya venían saqueando las regiones meridionales de España, Orosia y su respetable comitiva se retiraron a un alto y áspero monte próximo a la ciudad de Jaca (*el gran macizo de Ontoria al N. de Yebra*) y habitaron algún tiempo en una cueva de la misma montaña. Pero aumentando rápidamente el avance de los enemigos y su persecución contra los cristianos hasta llegar a la misma región pirenaica, fué descubierto por los sarracenos el lugar del refugio. Enterado el jefe del origen ilustre de la doncella y prendado de su belleza, hizo toda clase de tentativas para conquistarse su amor. Pero ella, ni atraída por las promesas ni vencida por las amenazas, confesó que era cristiana y que su único amor era su Dios. Irritado el tirano con esta respuesta, la mandó atormentar cruelmente y después cortarle los pies, las manos y la cabeza. Y así dió Orosia su sangre y su vida, consiguiendo añadir a la corona de la virginidad la palma del martirio. Los miembros de la santa Mártir fueron esparcidos para ser pasto de las aves y fieras, pero recogidos con toda reverencia por los fieles, recibieron sepultura. Y habiendo estado ignorados por muchos tiempos, descubierto prodigiosamente el sitio del sepulcro hacia el año 1072, fueron trasladados con gran pompa y colocados en lugar honorífico en la iglesia de Jaca, que ya gozaba de la categoría de Catedral por el Concilio Jacetano confirmado por el Papa S. Gregorio VII, dejando la cabeza de la Santa en la iglesia de Yebra, donde recibe hasta el presente piadosa veneración. El pueblo fiel, para honrar dignamente los lugares en que Orosia habitó y santificó con su sangre, además de haber construido al principio una capilla en la cueva, levantó después otra iglesia más amplia a su nombre en la amena planicie que hay en lo alto de la montaña, junto a una fuente que desde entonces llaman de Santa Orosia».

De esta relación histórica—que, puesto que lleva la aprobación de la Iglesia, no puede negarse sin temeridad—se deducen para nuestro asunto las verdades siguientes: Que Orosia y su acompañamiento procedían de la tierra llana de Aragón y se dirigían a la montaña, huyendo de la persecución de los árabes que venían de Sur a Norte: Que los fugitivos eran portadores de «cosas sagradas» para librarlas de la codicia de los invasores: Que llegaron éstos en aquel primer empuje hasta la región pirenaica, o subpirenaica por lo menos: Que eligieron los nuestros para su refugio el monte de Yebra y su gran cueva.

No dicen las Actas quiénes eran las personas que acompañaban más de cerca a Santa Orosia en su huida, ni si sufrieron con ella el martirio: las investigaciones de nuestros antepasados, como las confirmaciones o negaciones de ellas por parte de Roma, se han dirigido siempre y únicamente a la Santa con motivo del culto y prodigios de sus reliquias que se veneran en Yebra y en Jaca hace más de 850

años. Por antiquísima y venerable tradición sabemos que dos de sus próximos acompañantes eran su hermano Cornelio y el tío de ambos, Acisclo, Obispo, y que como ella murieron por la fe. Escribiendo el P. Venero de los mártires de las persecuciones musulmicas, al llegar a la «bienaventurada Sancta virgen y mártir Eurosia», dice: «Cuyo cuerpo es sepultado en Aragón en la Ciudad de Jacca: pero el martirio desta Sancta fué en tiempo del Rey Rodrigo, quando los moros destruyeron a España, los quales la martyricaron con otros muchos». Según averiguó el ilustre crítico Fernández-Guerra, el primer drama histórico español de asunto nacional es el que escribió (1524-30) el presbítero aragonés Bartolomé Palau, titulado «Historia de la gloriosa Santa Orosia». Los personajes del drama son éstos: *Orosia*; *Arciso* obispo, su tío; *Cornelio*, su hermano; *Muza*, caudillo de los moros; *Rodrigo*, rey de España; la *Cava*, el conde don *Julián*. Un poco más esclarece el asunto el P. Papebroquio en los Bolandos, cuando dice que «la conjetura de que fuese obispo de Huesca el santo Prelado que la acompañaba, guarda la más perfecta armonía con la historia general de España y de Aragón y con la particular de la Santa». En el episcopologio oscense del P. Ramón de Huesca figura como prelado en los últimos años del siglo VII Gadiscalco o Gadisclo.

Los tres nombres, el Acisclo de la tradición, el Arciso del drama histórico y el Gadisclo del episcopologio, se refieren a una misma persona, o sea, al obispo fugitivo de Huesca que acompañaba a Santa Orosia. En tantos siglos y habiendo pasado por tantas manos y documentos su nombre, no es extraño que hayan variado sus elementos gráficos, aunque conservando la fonética principal de las vocales, y por eso debemos admitir como más cierto el Acisclo de nuestra tradición, que además es nombre tan español o hispano-romano como Orosia y Cornelio. Respecto a éste la tradición secular ha perpetuado su nombre en el mismo lugar del martirio, llamándose de S. Cornelio hasta el día de hoy una de las siete ermitas que hay, de trecho en trecho, en el camino que sube desde Yebra hasta la cima del monte.

Estos personajes históricos, jefes, y los cristianos de aquella caravana de fugitivos llevaban «cosas sagradas» para librarlas de la rapacidad de los invasores «y reliquias de santos»; procedían de la parte baja del país y se refugiaron en el monte de Yebra. Entre esas «cosas sagradas», la más sagrada en sí y que más pudiera despertar la codicia por la riqueza de sus materiales, no podía ser otra que el Santo Cáliz del Señor de que era portador el obispo de Huesca, bajo cuya inmediata vigilancia y de sus antecesores venía recibiendo adoraciones hacía más de 450 años; y de todas las reliquias de santos que llevaban los cristianos oscenses era sin duda la más insigne y para ellos la más estimada el pie de su ínclito paisano, a quien debía Huesca la alfísima honra de poseer la sacratísima Copa del Redentor.

El pie del invicto Mártir allí está aún, en Yebra, dando testimonio de la verdad. Oigamos lo que dice a este respecto el Dr. Castán, Penitenciario que fué de la Catedral de Jaca, en su razonada crítica acerca de la patria española de Santa Orosia: «Con nuestros propios ojos podemos comprobar, por lo que a Aragón toca, la veracidad de estas palabras del célebre historiador (*alude a Marineo en la cita que queda copiada*) pues que los pueblos de estas montañas que, como Siresa, sirvieron de refugio a los obispos, son precisamente los que se distinguen por el extraordinario número y antigüedad de sus preciosas reliquias. Entre todas cuantas se veneran en estas montañas, una de las principales es el pie de S. Lorenzo, que se conserva en la iglesia parroquial de Yebra. ¿Cuál es la procedencia de tan preciosa reliquia? El P. Huesca nos da la respuesta, cuando escribe: En la misma Iglesia de Yebra y dentro del armario en que se guarda la cabeza de Santa Orosia (*ya hemos visto que está aparte*) se conserva un pie del invicto Mártir S. Lorenzo. Se cree que esta reliquia tan insigne sería de la iglesia de Huesca, y que se llevó a las montañas en la invasión de los moros, como sucedió con otras muchas».

Si el pie de S. Lorenzo subió de Huesca a Yebra y allí está desde entonces, ¿será arbitrario el suponer que con él subió también, bajo la custodia del obispo Acisclo, el Cáliz del Señor? ¿Quién más cerca que el obispo para guardarlo en Huesca, quién más autorizado para transportarlo en aquel tristísimo éxodo, y quién más obligado y de-

cidido a salvarlo de la profanación de los musulimes aun a costa de su propia vida? Ya que no pueda afirmarse terminantemente que este santo obispo y su sobrino Cornelio dieron su vida por no entregar las sagradas reliquias a los moros, como la dió Orosia por conservar su honor y su fe, tampoco puede negarse racionalmente. Conocían sin duda el magnífico ejemplo de S. Sixto y S. Lorenzo, que habían sufrido el martirio por que no cayeran en manos infieles el santo Vaso de Jesús y las demás alhajas que poseía la iglesia de Roma, y en el monte de Yebra lo imitaron cumplidamente salvando de la profanación del fanatismo musulmán los objetos sagrados que conducían; los que todavía admiramos y veneramos hoy, aun sin saber cuánto y a quién hemos de agradecer esta fortuna.

Y se salvó una vez más el Cáliz del Señor, puesto que existe.

* * *

Sacrificados los tres personajes principales de la expedición oscense, Acisclo, Orosia y Cornelio, por la ferocidad y despecho del caudillo de los invasores—que no debió ser el propio Muza, como insinúa el drama de Palau, sino alguno de los jefes secundarios de su ejército—parece cosa comprobada por nuestra tradición que los demás cristianos fugitivos, unidos con los montañeses de aquí, emprendieron vigorosa contraofensiva, favorecidos por la escabrosidad y conocimiento del terreno, tanto para vengar la muerte de sus directores como para defender su religión, sus cosas sagradas, sus propios hogares y haciendas amenazados por la invasión, y, en todo esto, defender la patria. Me complazco en hacer constar este generoso movimiento de protesta guerrera de nuestros antepasados frente a la primera irrupción de los árabes—primera y única que hicieron por estas montañas, según está plenamente comprobado—para que no sea toda la gloria de la iniciación de la reconquista para Pelayo y sus astures (sin intención de rebajársela en lo más mínimo) sino que alcance también algo a los nuestros, que principiaron la resistencia antes que el héroe de Covadonga. *Post magnum conflictum hinc inde initum*—dice una de las Actas de Santa Orosia—«después del gran combate que se libró entre los nuestros y los moros» debieron éstos aprender la dura lección de que no era tan fácil, ni de tanto provecho material, el dominar en las montañas como en los campos abiertos y feraces de la tierra llana: y los nuestros pudieron convencerse de que el monte de Yebra, de retirada muy difícil y aislado de toda comunicación y ayuda, no era un lugar muy oportuno para conservarse en él mucho tiempo y guardar las reliquias sagradas de que eran portadores y defensores. En esta situación hubieron de decidirse a abandonarlo tan pronto como las circunstancias de la invasión lo permitieron. Los resultados positivos de este combate o resistencia defensiva de los nuestros—aun perdiendo en la primera acometida a su jefe eclesiástico con sus gloriosos deudos—fueron: librar de la rapacidad del enemigo el sagrado depósito que llevaban, y detener la invasión al pie de la región más montañosa, en la cual nunca llegaron a dominar los moros de modo permanente.

De esta manera tienen fácil explicación otros dos hechos, al parecer inexplicables: la existencia del pie de S. Lorenzo en Yebra y el olvido en que quedó por más de 350 años el lugar de la sepultura de Santa Orosia. Cuando aquellos fugitivos cristianos abandonaron la montaña de Ontoria—nombre que ha quedado para designar solamente el pico más alto, llamándose ahora todo el macizo «Puerto de Santa Orosia»—dejaron como recuerdo perpetuo el pie del glorioso Mártir en la villa de Yebra, que seguramente existía desde los tiempos romanos con el nombre de *Ébora*, según se ve en los documentos más antiguos; y sin tiempo u oportunidad para señalar de modo indeleble el sitio donde quedaban inhumados los restos de sus gloriosos jefes y compañeros de peregrinación, tomaron el más escabroso, pero más defendido camino que les llevara a lugar seguro donde poder depositar confiadamente el sacratísimo Cáliz y las demás cosas y reliquias sagradas, y eligieron el Monasterio más importante de esta región, el de Siresa, que ya existía desde tiempos anteriores a estos sucesos.

Están conformes nuestros escritores antiguos al tratar este asunto, en que residieron en las montañas jacetanas los obispos de esta co-

marca, que ya no se titularon oscenses ni volvieron a Huesca hasta su reconquista a los trescientos ochenta y tantos años; pero dudan cuáles fueron los lugares donde vivieron y por qué orden, llegando a nombrar estos cuatro: Sasabe, Siresa, Jaca y S. Juan de la Peña. Los dos primeros son ciertos, como esta demostrado en documentos legítimos: el que residieran también en Jaca y en S. Juan, ni se sabe de cierto ni lo creo posible, y voy a dar la razón brevemente: La ciudad de Jaca no existía desde aquella primera irrupción en que fué totalmente arrasada por los moros, por su condición de centro probable de reacción defensiva de los montañeses, y casi se había per-

dido hasta su nombre cuando empezó a reedificarla D. Ramiro I en los comienzos de su reinado: S. Juan de la Peña, que tampoco existía en los primeros tiempos de esta época de residencias provisionales, fué desde los principios de su vida regular, y mientras existió el Monasterio, el mayor competidor y rival que tuvieron nuestros obispos. Quedan Sasabe y Siresa, pero en orden inverso, a mi juicio (aunque lamento no coincidir en este punto con renombrados escritores): Siresa y Sasabe.

(Continuará)

D. S.

Deán de la Catedral de Jaca.

El III Salón Internacional de Fotografía de Zaragoza

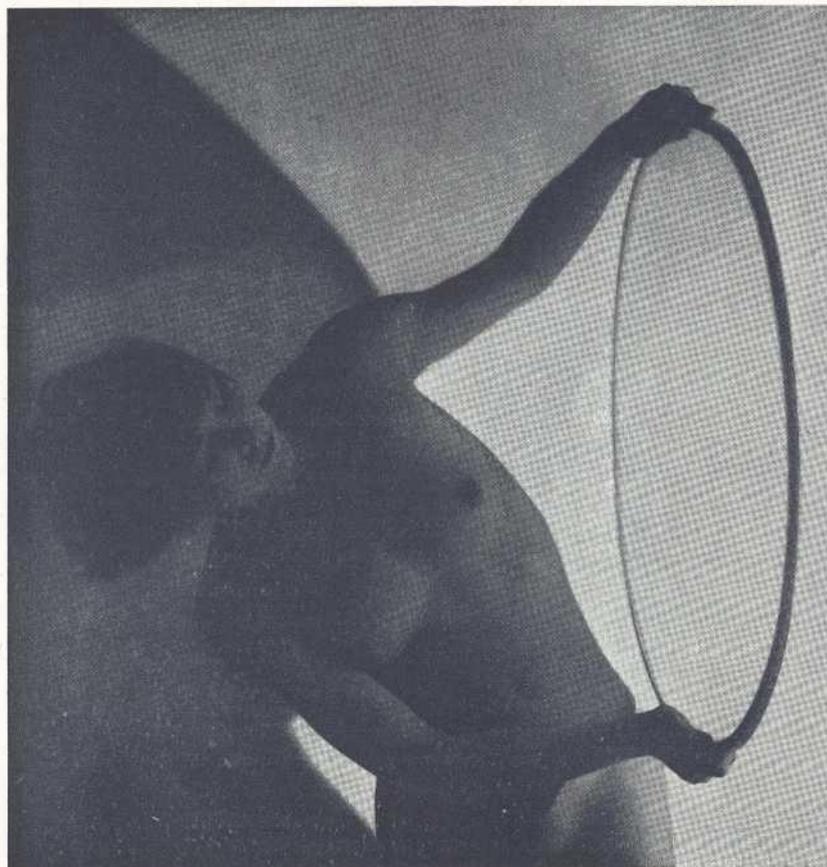
Este mes de octubre ha inaugurado Zaragoza quizá su más importante acontecimiento cultural del año, porque aun no pensando en su insuperable calidad, el III Salón Internacional de Fotografía de Zaragoza tiene un supremo interés debido a su enorme extensión. Toda Europa y todo el mundo, incluso nuestro Marruecos, han enviado sus obras a nuestra Exposición, y esta afluencia de gustos, tipos y paisajes, bastaría para darle enorme interés. Es este Salón quizá una de nuestras más firmes alegrías del año cultural de nuestra ciudad, por el placer que a nosotros mismos nos procura, y sobre todo, por lo que aumenta la presión intelectual de Zaragoza y por lo que educa a su público. Es indudablemente para éste para quien resultan más provechosos estos Salones de Arte: al comerciante, al burócrata, al obrero, a los que un trabajo no intelectual retiene todo el día, no puede exigirseles que pulan y que hagan flexible su espíritu mediante el estudio en sus pocas horas de asueto, horas que además necesitan para callejear, para sentirse libres. Y es entonces cuando el Arte, con la promesa de divertirlos, los atrae a este ambiente amable, tibio y elegante del Salón de Arte, y sin fatigarlos, los alegra, los hace comprensivos y tolerantes, es decir, sociales, les enriquece el alma de bellezas y además los pone en contacto con unas ideas y con unos hombres de los que su actividad cotidiana los tiene algo alejados. Ha habido ahora su poquito de reacción en contra del arte; un artista

—Wilde—ha dicho que «todo arte es completamente inútil», y hasta en su propia casa, en el claustro universitario, alguien que debiera dirigirnos, ha hablado de la «manía del arte», viéndonos con libros de Arte bajo el brazo. Dejando aparte esto, puesto que sabido es que toda manía es tonta, ¿es que puede exigírsele al arte eficacia fuera de su medio? ¿no es evidente que en el Sahara un fuerte leñador sería completamente inútil? Y de la eficacia del Arte en el terreno de lo social diremos, además de lo dicho, que por su extensión, ni la música ni el libro—que es preciso buscar, que es preciso comprar—pueden comparársele.

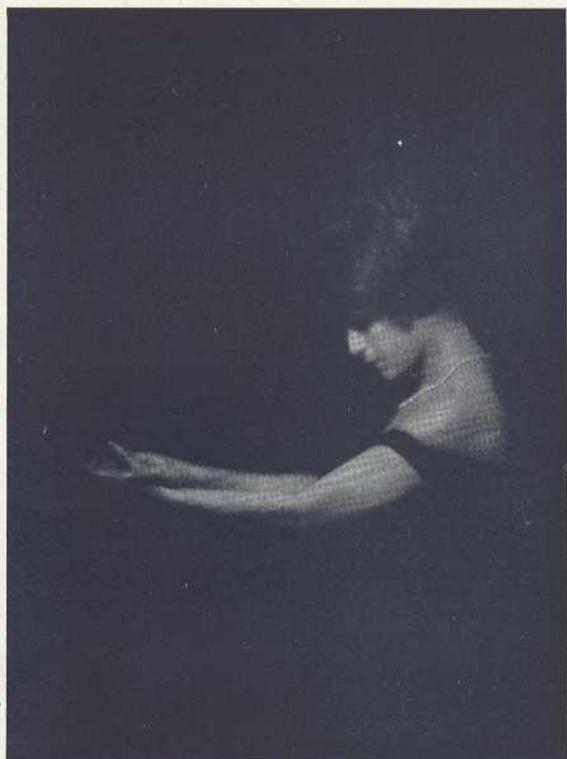
Hemos observado en este Salón y en los dos que le han precedido, que la fotografía artística dentro de sus límites, ha seguido a las demás artes del color y de la línea en sus nobles inquietudes de vanguardia—no por estériles menos interesantes—y hemos encontrado en este Salón Fotográfico con

todos los ideales pictóricos antiguos muchos de los modernísimos, lo que teniendo en cuenta la escasa lejanía de su ancestral el daguerreotipo, muestra hasta qué punto son finos y sensibles la asimilación y el temple artístico del arte fotográfico.

La simple fotografía, la que reproduce mecánicamente el tema, no cuenta para dar una emoción estética más que con la naturaleza del objeto reproducido, y el artista, el fotógrafo, queda en la imposibilidad de «expresarse» lapidado por su propia obra, habiendo reproducido



Frantz Drtikol - Tchechoslovaquia. — «Desnudo» (carbón)



Emilio Sommoriva - Italia. — «Diana»
(carbón)

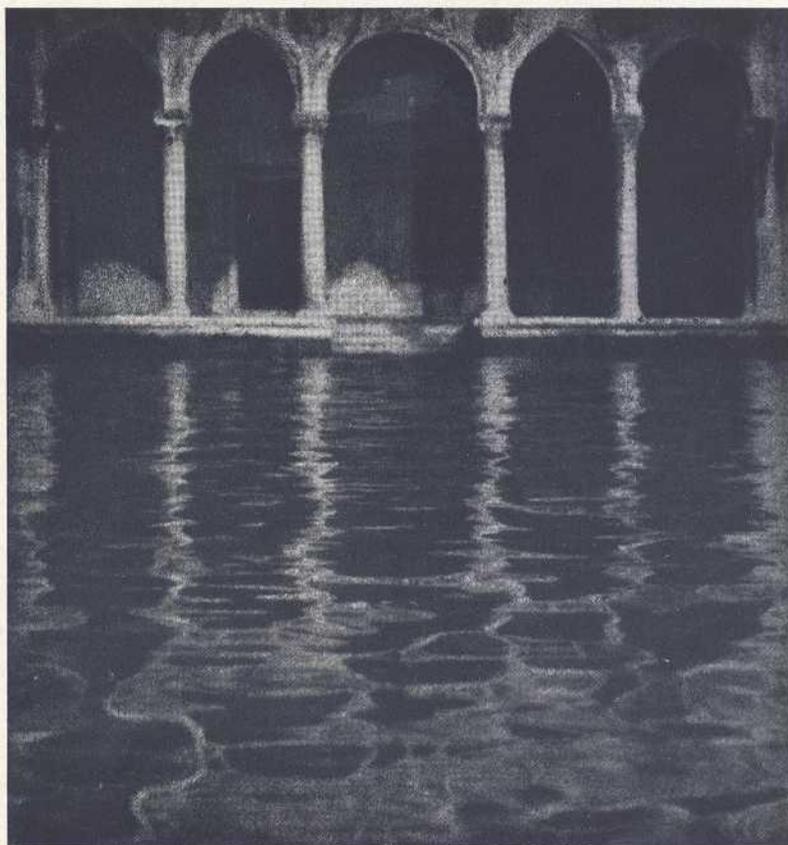


L. Pérez Obis, de la Sociedad Fotográfica de Zaragoza
«Mañana de bruma» (bromuro)

el tema pero no su manera de verlo; en una palabra, habiendo hecho una obra en absoluto objetiva, cuando el arte es precisamente todo lo contrario.

Refiere Luis Richter, que hallándose en Tívoli con tres camaradas jóvenes, como él, se pusieron a pintar un trozo de paisaje resueltos firmemente a no separarse de la naturaleza, a pesar de lo cual, y de que el modelo era el mismo para todos y de que cada uno copió con talento lo que sus ojos vieron, resultaron cuatro obras totalmente distintas, tan distintas entre sí como lo eran las personalidades de los cuatro pintores; gracias a los prodigiosos avances de su técnica, cuatro fotógrafos de ahora puestos en el mismo trance que los cuatro pintores de esta anécdota —que prueba hasta qué punto el arte es subjetivo— producirían también cuatro obras tan distintas entre sí como lo fueran sus personalidades. El fotógrafo de

ahora con el color, mediante una rica serie de procedimientos técnicos, torturando la línea hasta hacerla decir lo que siente, reduciéndola a veces a simples masas de color o de sombras, ha logrado ser él mismo el asunto principal de su obra, y despegándose de la realidad mentir la bella mentira del arte.



Erich Angenendt - Alemania. — «Cad'oro di Venezia» (Bromóleo transporte)

Esta clase de fotografías, falsas pero bellas o rudas pero sinceras—al fin y al cabo las dos actitudes entre las que puede elegir el artista—es la que principalmente hemos buscado en este III Salón y la cosecha ha sido generosa. Los Estados Unidos han enviado verdaderas maravillas de técnica, de color y de buen gusto, y han culminado como otros años en escenas de danza y en escenas soberanamente artísticas, recogidas de la vida cotidiana. De éstas reproducimos «Esperando el tren», del Sr. Pardoe, verdadera filigrana de luz y de penetración.

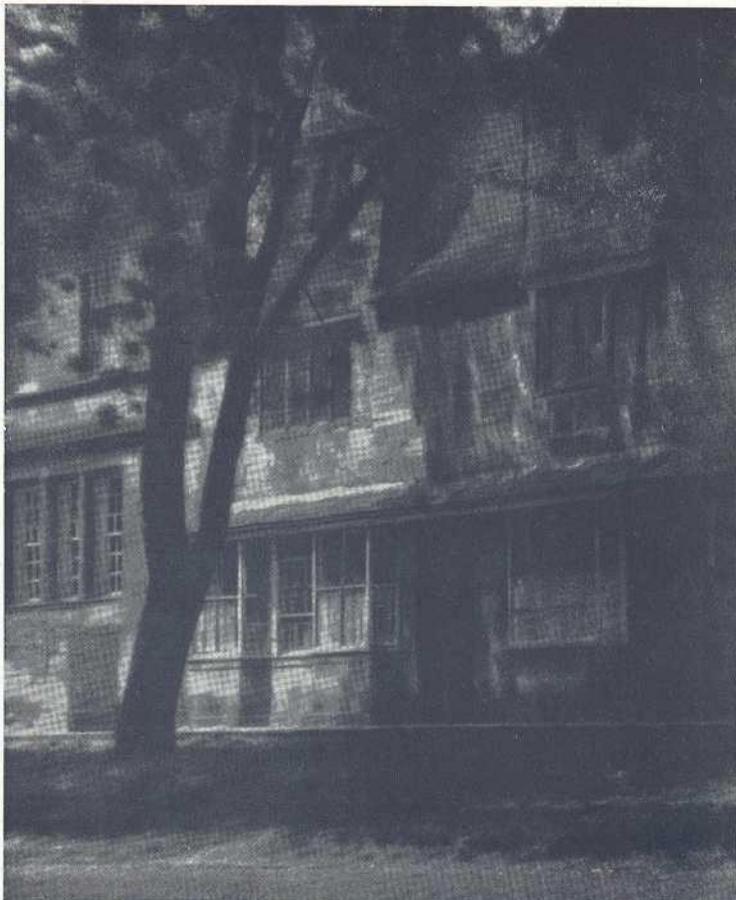
Tchecoslovaquia, ha presentado un conjunto

admirable de calidad y delicadeza; tanto sus figuras como sus naturalezas muertas—platos, papeles—nos han parecido por su composición, por la elección del tema y del color, de una finura incomparable. El Sr. Frantz Drtikol ha combinado el desnudo—suprema calidad plástica—con fondos artificiosos de luces, obteniendo aciertos tan plenos como en el titulado «Desnudo» —carne, bloques y luz— y en el que el lector puede ver reproducido en estas páginas.

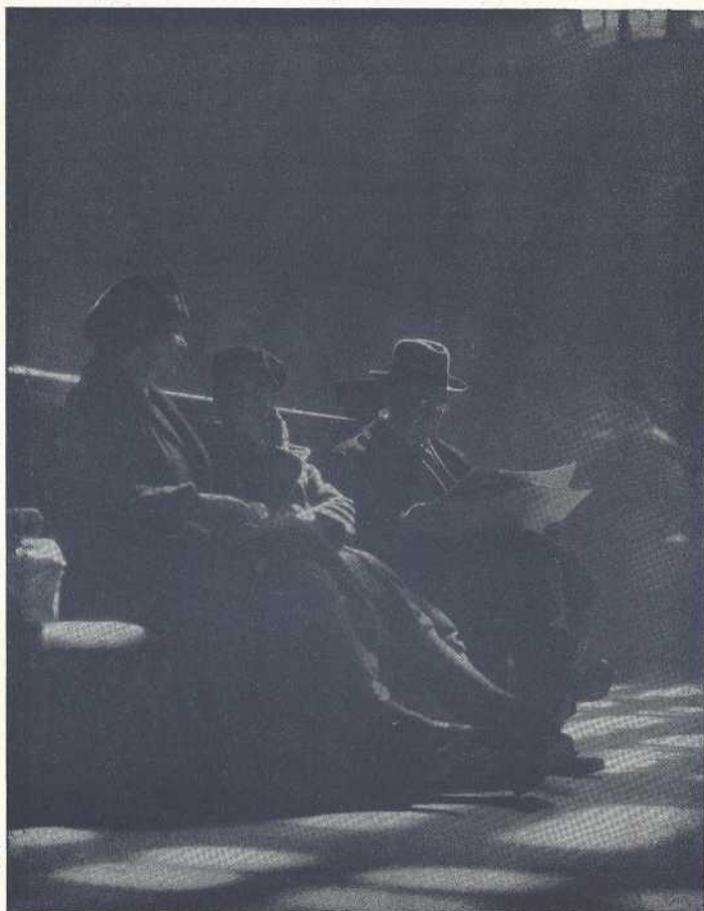
Por cierto que hemos advertido que el público ha contemplado sin la timidez de otras veces este género de obras; esto nos ha causado verdadera alegría, porque esta timidez, ya afortunadamente rota, era totalmente infundada, porque ¿no se admira el paisaje, no se admira el mar, siendo también «desnudeces»?

España ha presentado muchas y excelentes fotografías; recuerde el lector «Una lagarterana» (Ortiz Echagüe), que es por su finura una verdadera «madona», y «Tejados» (Escayola Font), tan original y tan fina y la recia belleza de «Orillas del Támesis», de Francisco Andrado, de la R. S. F. de Madrid. Son también muy notables dos grandes fantasías presentadas por el Sr. Pla y Janini: un tríptico titulado «Brujerías» y «El Fantasma del Mar». Este último, a nuestro juicio, de una grande y sombría belleza.

La Sociedad Fotográfica de Zaragoza ha colgado



Ranald Rigby. — «The Shadow-on-the-Wall» - «La sombra en la pared» (clorobromuro)



Dr. Pardoe - Estados Unidos. — «Esperando al tren» (bromuro)

además de una espléndida colección de obras inspiradas en el Aragón pintoresco, siendo de notar entre éstas la del Sr. Mora por lo ingeniosamente—«Pronto empiezan»— que ha sabido motivar la exhibición pintoresca; otras de suprema calidad artística como los «Asfaltadores» del Sr. Rodríguez Aramendía, y sobre todo dos obras del Sr. Pérez Obis «Mañana de bruma» y «A la puerta de la jaula», la primera de las cuales puede admirarla el lector reproducida en estas páginas. En cuanto al contraluz «A la puerta de la jaula», además de una de las más bellas, nos ha parecido quizá la obra de más contenido espiritual del Salón; es una verdadera página de Baroja. Un niño sentado en el umbral de una puerta y una carretera fuertemente iluminada, sucia y polvorienta al fondo. Con tan humildes cosas, ha sabido el Sr. Pérez Obis hacer una obra rebotante de ternura verdadera y sobria. ¿Hay que añadir algo más para decir que es todo un artista?

En un saloncillo aparte, la casa Kodak ha instalado un magnífico stand con excelentes fotografías y vitrinas llenas de sus aparatos fotográficos y cinematográficos. Honra a la casa Kodak esta propaganda tan llena de modernidad y buen gusto. Ha organizado, pues, la Sociedad Fotográfica de Zaragoza un salón tan brillante, tan cariñoso y acogedor como los dos anteriores; nuestra sincera enhorabuena; empresas como esta crearán bien pronto en Zaragoza una verdadera vida intelectual.

ELOY YANGUAS.

SAN MARTIN DE LA VAL DE ONSERA

(CONCLUSIÓN)

Dura y emocionante fué la ascensión, pero una vez arriba se experimenta una indefinible sensación de bienestar, no por el extenso panorama que desde allí se divise, puesto que se ve limitado por las cimas de otros montes más elevados, sino por el paisaje imponente y abrupto que se expone a nuestra vista. La riqueza inmensa de colorido, los preciosos contrastes de luz y sombras, la fina hierba que crece exuberante, los puntitos encarnados que por todas partes se divisan y que ya son riquísimos chardones o aromáticas fresas silvestres, el suave céfiro que a pesar de los ardores del sol mantiene una temperatura deliciosa, distraen al viajero compensándole sobradamente las fatigas que se ha impuesto.

Nos hallamos en pleno corazón de la famosa Val de Onsera, así llamada desde los tiempos más remotos porque en las fragosidades de sus selvas ocultaban los osos sus madriaguas al amparo de la espesura de tantos matorrales. Hoy se cree con fundamento que ya no hay ni tan solo un ejemplar y que han ido desapareciendo conforme fueron talando los montes vecinos a Huesca.

Hubo en lo antiguo en este mismo sitio, donde de nuevo emprendemos la caminata, una pequeña ermita dedicada al Salvador, de quien tomó su nombre la pendiente que hemos de bajar y que según es fama, servía en aquellos tiempos de fe, para dar gracias a Dios por haber llegado hasta ella sin novedad y se imploraba otra vez su divina protección para poder descender sin desgracia alguna.

Documentos de fines del siglo XVI citan la existencia de esta ermita, pero la inclemencia del tiempo y el abandono han contribuido a su desaparición no existiendo hoy más que vestigios de cimentación convertida en escombros.

Todo cuanto por una vertiente se ha subido, es preciso bajarlo por la opuesta que da a la parte occidental y cuando creíamos que el peligro de los malos caminos había ya desaparecido, nos encontramos con que nuestro guía nos indica ser forzoso dejar allí pastando las caballerías para comenzar el descenso por la bajada llamada del Salvador para tomar el sendero que ha de conducirnos hasta el Santuario.

Curvas y contracurvas rapidísimas y peligrosas, abiertas sobre la roca viva, con una pendiente que aterra y que obliga repetidas veces a volvernos de espalda al precipicio, tanto por no contemplarlo, como por ir aminorando la velocidad que nuestro cuerpo involuntariamente adquiere, es el único sendero practicable que con menos exposición podemos seguir, comprendiendo ahora cuán necesaria es la desaparecida ermita, aunque aquí en estos sitios parece resaltar más la presencia de Dios, pues queda sobrecoigido nuestro espíritu ante la grandiosidad de la Naturaleza que de modo tan maravilloso e imponderable se presenta.

Guijarro que rueda al abismo impelido por nuestros pies, produce resonancias durante largos segundos y el eco de nuestros gritos se multiplica de modo asombroso por las concavidades de este valle tan encantador como saludable.

Otro barranco recorrido en parecidas condiciones a las indicadas anteriormente, conduce a una plazuela ovóidea rodeada de altísimas rocas, bajo una de cuyas oquedades se cobijan los vestigios de lo que fué Santuario tan venerado y visitado por Reyes y magnates, y cuyo aspecto hoy, no puede ser más pobre. Sin embargo su historia es muy gloriosa y bien antigua, ya que sabemos que a mediados del siglo VIII residían monjes benedictinos presididos por San Martín, y en el siglo VII habitábanle monjas agustinas.

Consérvanse dos arcadas medio derruidas y sobre la de entrada, reducido relieve representa al Santo partiendo la capa.

Al interior de la ermita, sírvele de techumbre la misma mole que la resguarda de la intemperie. Hay un solo retablo formado de tablas pintadas del siglo XVI y ocupado por San Martín Obispo de Tours,

llevando mitra y báculo, talla que parece ser más antigua. El frontal del altar es notabilísimo, creyéndose que formó parte del primitivo retablo; representa al Santo de pie y a los lados se observan distintos pasajes de su vida, llevando cada uno una inscripción que apenas puede leerse, haciendo suponer sea obra del siglo XIII.

Un bonito artesonado de seis compartimentos sirve al altar de dosel o cubrepolvo; es también de madera policromada y en él se destacan varios escudos de armas, siendo valioso regalo del Rey Pedro IV de Aragón, por la gran devoción que al Santuario tenía, al que hizo una porción de donaciones y en el que estuvo varias veces, obteniendo por ello grandes mercedes. Las reliquias y las alhajas numerosas que poseía, dícese que fueron a parar al Real Monasterio de Montearagón. Consérvanse varios exvotos (presentallas en lenguaje del país) y uno de ellos data de 1654.

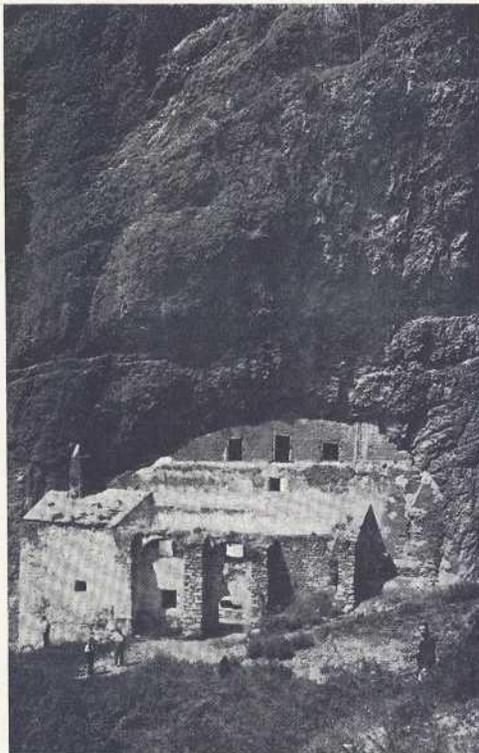
La predilección que Pedro IV tenía por este Monasterio, databa ya de su padre Don Jaime II de Aragón, pues éste fundó en Huesca una Cofradía bajo la advocación de San Martín de la Val de Onsera, en la que figuró como primer Prior su hijo el citado Don Pedro, que

cuando instauró la famosa Universidad de Huesca ordenó que la efigie del Santo y la de la Virgen de Salas, por la gran devoción que a las dos imágenes tenía, figuraran en el sello oficial que como distintivo usaba la Universidad, cuyo sello continúa usando hoy el actual Instituto.

Antiguamente poseía este Centro una de las llaves que cierran la verja del Santuario de San Urbez, quien residió en éste que ahora nos ocupa y recibió el hábito de monje a mediados del siglo VIII de manos de San Martín, privilegio que dejó perder hace muchos años y que nuevamente se volvió a recuperar a fines del año 1916.

Si el excursionista tuviera la fortuna de hacer coincidir su visita a estos parajes con alguna de las frecuentes romerías que el pueblo de San Julián de Banzo realiza en honor del Santo, entonces podría contemplar animadísimas escenas y curiosas costumbres dignas de ser anotadas.

El venerable párroco pasea en emocionante procesión las centenarias reliquias por aquellos intrincados laberintos acompañado del



San Martín de la Val de Onsera.—Santuario venerado desde el siglo VIII por Reyes y Magnates (Fot. Sanagustín)

pueblo que entona las letanías, caminando lentamente por las accidentadas sinuosidades de la pequeña plazuela, en que se halla el hueco que cobija al Santuario; pasan, precedidos de la cruz parroquial y en apretadas filas, bajo el arco que describe la cascada animadora de aquellas soledades, cuyo continuo rumor parece acompañar a los severos cánticos que el eco reproduce por todas partes, produciendo todo ello admirable efecto.

Después de celebrada la misa, que por lo austero y primitivo del lugar recuerda los cultos celebrados en las antiguas catacumbas, reúnen todos en pintoresco grupo presididos por párroco y autoridades, devorando succulentas viandas y luego iníciase pronto el retorno en agradable cabalgata, pues aquí el crepúsculo dura poco rato; la temperatura desciende bruscamente y forzoso es emprender el regreso antes de que la noche despliegue su manto, ya que el camino no puede ser más peligroso. Las sombras al extenderse, dan a estos elevados cerros extrañas y fantásticas perspectivas y al ir

oscureciendo parece que estos picachos agigantan sus formas semejando inmensa necrópolis de titanes.

Vamos pues a pernoctar al pintoresco pueblo de San Julián de Banzo, a cuya jurisdicción pertenece el Santuario. Allí su amable párroco nos muestra escrituras y documentos antiguos muy curiosos, que no trasladamos aquí por no hacer demasiado pesada nuestra narración. Un libro de la Cofradía que existió que comprende de 1527 a 1657; otro de 1696 que copia escrituras antiguas relacionadas con la historia y antigüedad de la ermita, tomadas por el Doctor Don Juan Agustín Ramírez, canónigo de Zaragoza, que renunciando al cargo se retiró a estas soledades a hacer vida penitente.

Y terminamos nuestra modesta labor, lamentando que parajes tan sumamente próximos a la capital, que tantas maravillas históricas y naturales atesoran, no sean más conocidos de propios y extraños.

LUIS MUR.

UNAS IDEAS SOBRE EL TURISMO

No hemos de comentar una vez más las ideas expuestas sobre turismo, uno de los objetivos de esta Revista, pero sí debemos hablar en esta ocasión de algo que consideramos de gran importancia ante próximos acontecimientos que se avecinan con él relacionados.

Nos referimos a las dos magnas exposiciones de Barcelona y de Sevilla, cuyo movimiento turístico por ellas engendrado repercutirá también en nuestra región; añadiremos a esto, la próxima inauguración del ferrocarril de Canfranc.

Se nos ha tachado por algunos, de que nuestra acción es más bien ragnícola, extendiéndola de tierra adentro en las comarcas aragonesas para hacer turismo local. Nos daríamos por satisfechos si tal cosa pudiéramos hacer, ya que tanto se desconoce lo mucho y bueno que existe en Aragón. Mas hay otro aspecto, no solo fuera de nuestra región, sino también fuera de España, que hemos atendido desde el primer momento, y ahí están para demostrarlo los miles de folletos editados en varios idiomas para enviarlos a todo el mundo, completado con una copiosa información directa, acompañada de fotografías, carteles de propaganda, etc. etc., para poner de manifiesto las bellezas de esta tierra.

Podemos considerarnos bien relacionados con los centros turísticos del extranjero, poseyendo sucursales en París y Londres y otras más que tenemos en proyecto. Varias veces han sido individuos de nuestra Junta los que se trasladaron al extranjero, y aprovecharon esta circunstancia

para estrechar estas relaciones. Así lo hicieron los Sres. Catiuela en París, Cano en Nueva York, y muy recientemente Royo Barandiarán en Francia e Italia.

Del funcionamiento de los Sindicatos de Iniciativa en el extranjero y de sus relaciones con el nuestro, nos ocuparemos en números sucesivos, con artículos del Sr. Royo Barandiarán, que ha visitado en épocas sucesivas los centros más importantes del turismo europeo.

Ha dado también actualidad a dichos asuntos la publicación de una interesante obra debida a la pluma del Sr. Herrero Anguita, el que ha hecho un estudio acabado del funcionamiento de los Sindicatos de Iniciativa y proponiendo la creación de un Consejo Nacional de Turismo por la Federación de todos ellos.

En su trabajo se extiende en consideraciones sobre organización

en el extranjero, entre las agrupaciones de carácter oficial, las de turismo activo y las llamadas de «turismo receptivo».

En estas últimas se comprenden los Sindicatos de Iniciativa, los que en Francia tienen un gran desarrollo con sus federaciones regionales y la Unión de Federaciones. De la importancia de ésta, bastará citar que su presupuesto asciende a más de seis millones de francos.

A este motivo y refiriéndose a la vecina república, dice el distinguido autor Sr. Herrero Anguita:

«Los Sindicatos de Iniciativa son las células orgánicas del turismo receptivo, del cual forman la base. Su número aproximado es nada menos que de 600. Ellos, con el concurso financiero de la Municipalidad, Diputación y Cámaras de Comercio e Industria, crean y dirigen la oficina de información de su localidad, donde verbalmente

y por escrito se suministran gratuitamente toda clase de datos para facilitar el viaje y estancia. Pero no queda reducida su actividad a la mera información, sino que además, y muy principalmente, persiguen el mejoramiento constante de los medios de transporte y de acceso, visita y estancia, no solo de la propia estación turística o termal, sino de toda su zona de acción, practicando paralelamente una activa propaganda en su favor. Finalmente, dichos Sindicatos transmiten a las Administraciones locales o provinciales las aspiraciones y necesidades de interés local o provincial, referentes a las mejoras de todo orden que convenga realizar en provecho de las

estaciones y su clientela y, asimismo, elevan a sus respectivas Federaciones aquellas otras aspiraciones de interés regional o general, que estas últimas transmiten a su vez, con su apoyo, a las Administraciones correspondientes.

Los Sindicatos de Iniciativa son absolutamente autónomos. Su acción se ejerce tanto más eficazmente de día en día cuanto que, persiguiendo los mismos altos fines, trabajan todos con igual espíritu, en pleno acuerdo con los organismos federales y nacionales, multiplicando así sus fuerzas y asociándolas a una disciplina libremente consentida.

Las Federaciones de los Sindicatos de Iniciativa agrupan a los de sus respectivas regiones. La Federación juega, en provecho de la región, idéntico papel que el Sindicato en provecho de la localidad. Organiza la propaganda regional, estudia las cuestiones que intere-



Oficinas del S. I. P. A. (Foto Mora)

san al conjunto de sus Sindicatos, coordina sus esfuerzos y secunda la realización de los mismos. La Federación examina las aspiraciones presentadas por ellos, procurando la realización de las de carácter regional y transmitiendo las de interés general a la Unión de Federaciones, para que ésta, si ha lugar, las apoye y presente a los Poderes Públicos, grandes Administraciones, Empresas Ferroviarias, etc. El número de Federaciones es de 30 (20 en Francia, 3 en Norte África y 7 en las Colonias y Protectorados franceses).

Esta Unión de las Federaciones, cuyo presupuesto inicial de 16.000 francos se eleva hoy a 6.000.000, es el organismo nacional representativo de los Sindicatos de Iniciativa y de las Federaciones. Dicha Unión ha sido declarada de utilidad pública por decreto de 27 de Agosto de 1921. Está administrada por un Consejo

de 10 a 15 miembros, elegidos entre los delegados de las Federaciones.

Tal es la representación suprema del Turismo receptivo; tiene a su cargo las relaciones entre estas agrupaciones y las grandes Asociaciones del Turismo activo, del «Climatismo» y del «Termalismo», las agrupaciones del Turismo Oficial, las Administraciones y Poderes Públicos, las grandes Compañías, etc., con todas las cuales está en relación constante para la solución de los problemas y realización de los programas que interesan al Turismo receptivo. De una manera general, la U. de F. de S. y de I., en completo acuerdo con los organismos del Turismo Oficial y del Turismo activo, labora en pro del máximo desarrollo turístico de las regiones francesas, de la propaganda de las estaciones de todas las categorías y de la mejor organización de las fuerzas del turismo».—S. I. P. A.

UNA FIESTA AUTOMOVILISTA



El Parque de Buenavista durante la Misa de Campaña

(Foto Marín Chivoite)

La Real Asociación Automovilista Aragonesa organizó durante las pasadas fiestas un acto muy simpático que constituyó uno de los números más salientes del programa desarrollado. Por la lluvia pertinaz hubo de ser suspendida la ceremonia, que debió tener lugar el día 16 de Octubre, y que se celebró el domingo siguiente día 23.

A pesar de lo desapacible de la mañana fueron muchos los automóviles llevados por sus propietarios y muchas las familias que presenciaron la fiesta. Entre ellos figuraban en primer término los de las autoridades, formando detrás los de los socios de la Agrupación Automovilista y luego los de otros, que se sumaron para animar tan solemne acto.

En los terrenos de lo que ha de ser futuro parque de Buena Vista se alzó un primoroso altar cubierto de flores y adornado con los colores nacionales. Dijo en él la Santa Misa el M. I. Sr. D. Juan Carceller, por expresa delegación del Prelado de Zaragoza, asistiéndole el Maestro de Ceremonias del Pilar y el Párroco de Santa Engracia Sr. Lapena. Riquísimos ornamentos religiosos completaban el cuadro magnífico que el ara ofrecía y una banda de música interpretó un escogido repertorio de música sacra.

Presidieron la fiesta los Excmos. Sres. Capitán General, Gobernador civil y Alcalde, que fueron recibidos y acompañados por los miembros de la Junta directiva de la Real Asociación Automovilista Aragonesa.

Después se procedió a la bendición ritual al paso de cada uno de los coches, que en animado desfile volvieron a la ciudad.

La organización mereció el general aplauso, ya que la previsión más cuidadosa dispuso el terreno, los postes indicadores y el personal disponible, de tal manera, que la amplia avenida hubiera podido albergar sin entorpecimiento alguno mucho mayor número de automóviles que los participantes, con sumar éstos varios centenares.

Por tal éxito damos la más cordial enhorabuena a la directiva de la Real Asociación Automovilista Aragonesa, y muy especialmente a los señores Gimeno, Cativiela e Hidalgo.

Después de este éxito creemos que la fiesta automovilista debe repetirse en ocasión oportuna, en el buen tiempo, para que los propietarios de automóviles acudan sin excepción en brillante cortejo, dando motivo con esto a que una vez más la actuación pública de la Real Asociación, vaya acompañada del general aplauso.



Bendición de coches

(Foto Marín Chivoite)



FÉLIX LAFUENTE, MUERTO, TOMADO DEL NATURAL Y GRABADO EN MADERA POR RAMÓN ACÍN

EL AMADO MAESTRO

La ciudad se alumbraba todavía con las farolas de petróleo. De entonces acá ha llovido mucho, hasta en las tierras, siempre secas, de los Monegros.... Por la empinada cuesta de las procesiones, ligero, con sus barbas negras y sus piernas largas y garbosas, aparecía D. Félix Lafuente. Tras él entrábamos por el patio de Santiago hacia unos salones grandes, decorados con lienzos del Cartujo Bayeu, donde se hallaban instaladas las clases de dibujo. Poco a poco iban llegando obreros ya mozos que, luego de la diaria labor, venían a perfeccionar sus artes en la fuente inagotable de las enseñanzas del buen maestro.

Yo era el más joven de sus discípulos y fui también su discípulo amado. Para aquel maestro yo era el San Juan de sus discipulos. Discípulo amado que en todo un cuarto de siglo no abandonó al amado maestro en el camino suave y florido hacia Jerusalén, ni en el espinoso y empinado de su calvario.

No solamente fué maestro en la pintura cuando pudo pintar, sino que llegada la hora del dolor, en sus diez años de parálítico, fué un maestro en el sacrificio. Siempre moderno y alentador, sus dolencias no le bastó llevarlas con resignación, que las llevó con jovialidad. Las visitas de los amigos, más que obras de misericordia, traducíanse en obras de egoísmo. En aquel sillón arrinconado del maestro, cantaba un manantial de fortaleza y de alegría. Ante el espectáculo de la patria desalentada, él, viejo y con los brazos y las piernas muertas, era todo un símbolo ante toda una juventud de futbolistas.

Maestro, maestro! Yo he procurado ser digno de tí; como dibujante, en tu lecho de muerte yo te hice un dibujo donde campa el parecido de tus rasgos y está como viva tu muerte; como hombre, no me ha temblado el pulso, me ha temblado solamente el corazón....

Con la muerte de Lafuente, para los amigos del pintor no ha terminado todo; él se fué, pero las tres hermanas que desvalido no le abandonaron, en lo alto del Calvario quedan solas, tristes y santas, como tres Marías. — RAMÓN ACÍN.

Huesca, Octubre 1927.

LAS MARAVILLAS DE PIEDRA

LOS LAGOS

*Solo al Cielo mira el lago
y el Cielo en él se contempla.
No lo manchan otras sombras
que reflejos de celajes.*

Bruno Moreno.

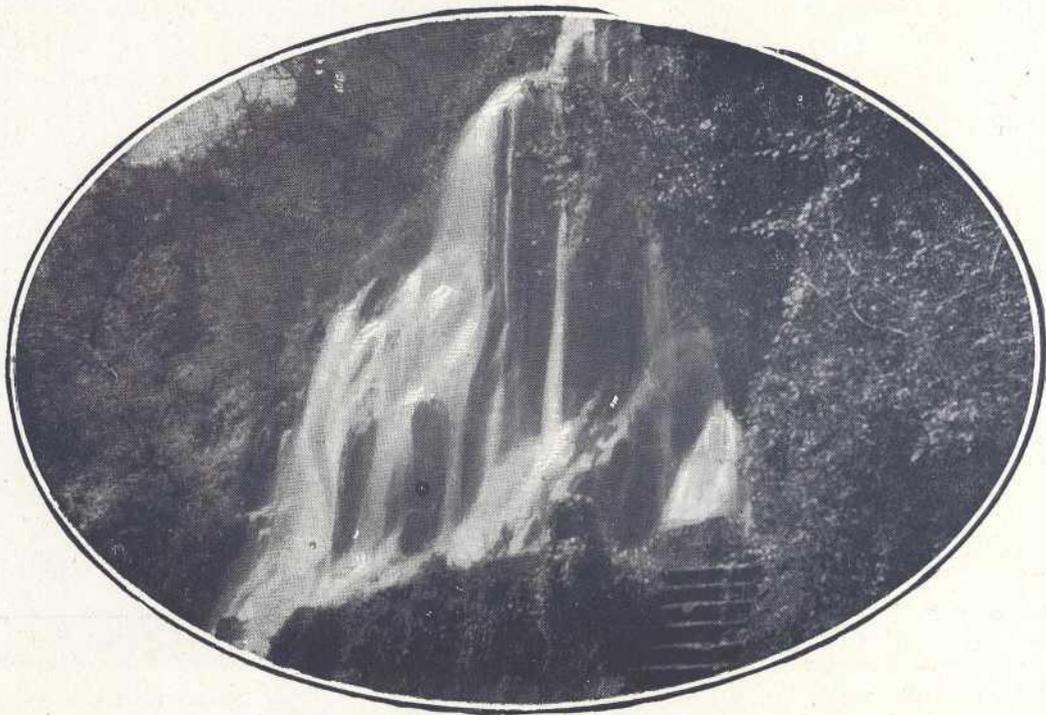
En el centro del vergel, a la vista del parque y las cascadas, está el lago pequeño, de intrincada perimetría y sombreado de árboles gigantes. No por ser pequeño deja de ser bello, como todo lo de Piedra. Pero al hablar del lago no suele referirse nadie a éste, que queda reducido a un detalle del conjunto superior, sino al «gran lago del Espejo», así llamado por su limpio espejismo para reflejar en su tersa, inmóvil y brillante superficie, los ocres rojizos y amarillentos de los escarpes inaccesibles del monte, y la imponente, casi amenazadora peña del diablo que, como cuchilla clavada en el centro del hondo valle de la Hoz, lo divide en dos mitades: la más retirada (la del lago); y la más vista y risueña, de las pesquerías o viveros de truchas del Estado para la repoblación fluvial de España.

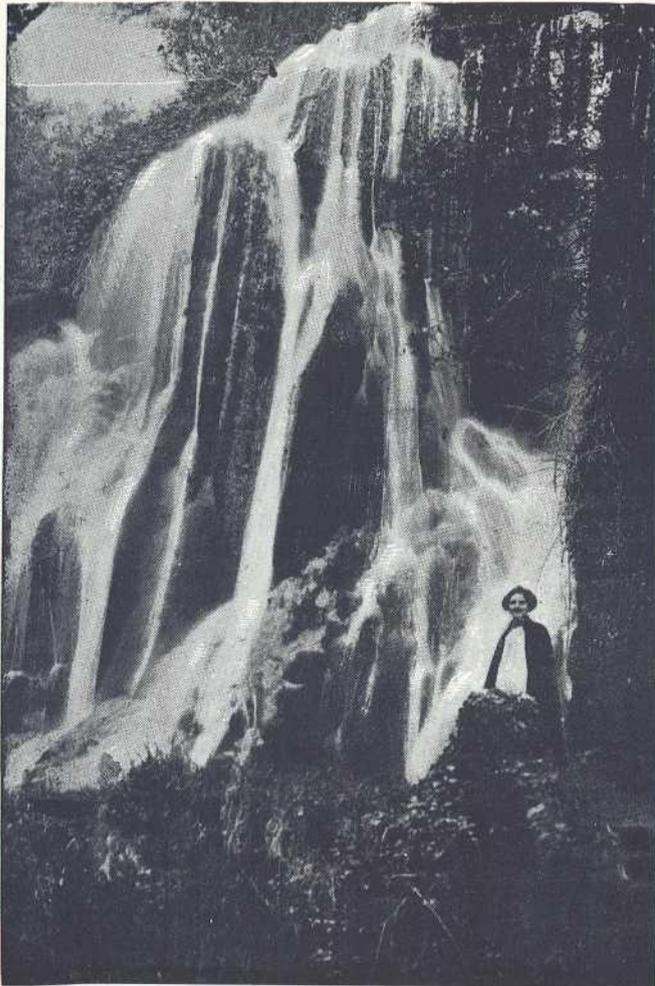
Se desciende a este valle de la Hoz de la cascada Iris y salto de la Catarata «Cola del Caballo», por la derecha, siguiendo una pendiente senda que viene a morir cerca del pozo, al pie del precipicio, frente a las pesqueras. Y por la izquierda, atravesando el torrente por rústico puentecillo, la peña de los Fresnos bajos, por un túnel artificial, y descendiendo por el cómodo sendero que pasa más abajo de la cascada de los Salmones o de las Truchas, vulgo «los Chorreaderos», y viene a parar, en largo «zig-zag», al pie de la agreste peña del Diab'o muy cerca del manantial que mana en la hondonada, al comienzo del Lago.

Una estrecha y accidentada senda festonea dicho lago, generalmente con plétora de vegetación acuática que borra, a trozos, su tersa superficie. El agua (medicinal para afecciones del estómago) es tan pura y transparente, tan tranquila, que hasta en lo más hondo permite ver cómodamente los peces y plantas del fondo. Exuberante vegetación de arbustos, árboles, matas y trepadoras bordea el lago. La hiedra trepa por los

altísimos muros de peñascos; y por las grietas de los escarpes brotan almeces, fresnos y otros vegetales. El sitio es de lo más agreste y solitario. Casi, casi asusta tanta grandeza, tanto silencio, tanta soledad. Pero por extraño imán, queda el hombre pensador, clavado en la orilla, ante el espectáculo maravilloso de los muros invertidos en ángulo recto, siendo una línea líquida su bisectriz.

La Peña del Diablo, la torre del Homenaje, la ermita de los Argelides o de Santa María la Blanca (llamada también de Piedra Vieja); el precipicio, el rústico puente, los árboles y todo, *todo* lo vemos mágicamente, grandiosamente invertido boca abajo, a los pies del original, pero con la misma riqueza de detalle y colorido, con idéntico valor que el modelo, cual si gigantesco espejo se tendiera en el suelo, ante nuestra vista. ¡Qué cuadro más atrayente! «No hay artista capaz de pintarlo y sin embargo, aparece como pintado», según frase de un escritor. El lago duerme en perpetua calma. Su pulida superficie sólo la riza el salto de alguna trucha turbando, con el chasquido del agua, el silencio eterno del paraje. Cae el día: las sombras violáceas van invadiendo el paisaje y se oye el salto o el croar de una rana que huye despavorida al acercarse a la orilla el hombre, o el aleteo de un ave. Ningún lago del mundo se parece a éste de Piedra. Ninguno causa tanta impresión. Ninguno se recuerda más, que el lago del Espejo, tan hermoso en sus reflejos que González Bravo hubo de objetar que aquéllo más que un reflejo, es un bordado al realce. En efecto, a fuerza de mirar, acaba uno por no ver la realidad del agua e imaginar un mundo boca abajo. Y, eso que el fondo del lago es una alfombra de musgos y gravilla de brillantes colores: derroche de esmeraldas y pedrerías para solaz de los peces que discurren majestuosos por su palacio encantado.





Cascada de las «Pesqueras»

Bruno Moreno describió en romance, el lago del Espejo, en los siguientes versos:

«Entre guijas escondida
no lejana de su sauce
una dulce fuente brota;
y de los puros cristales
en que rebosa fecunda
un lago encantado nace.

Tostadas rocas lo cierran
formando un muro gigante
donde se estrellan y mueren
los rumores mundanales.

La verde faja que ciñe
sus bordes, al retratarse
de las transparentes língas
en el espejo brillante;
y de la cortada peña
la recta, alumbrada imagen,
en su seno se prolongan
y distinguir no se sabe
lo que es visión bajo el agua,
lo que es verdad en el aire.
Como en los dulces ensueños
que forja ilusión de amante
la realidad se confunde
con los puros ideales.

Sólo al cielo, mira el lago
y el Cielo, en él, se complace.
No lo manchan otras sombras
que reflejos de celajes.

EL RÍO

*¡Oh Piedra! Cuando ruges y te desbocas
por los sombríos flancos del Monasterio,
engendras, con tus aguas, otro misterio
de encantos y leyendas: el de tus rocas.*

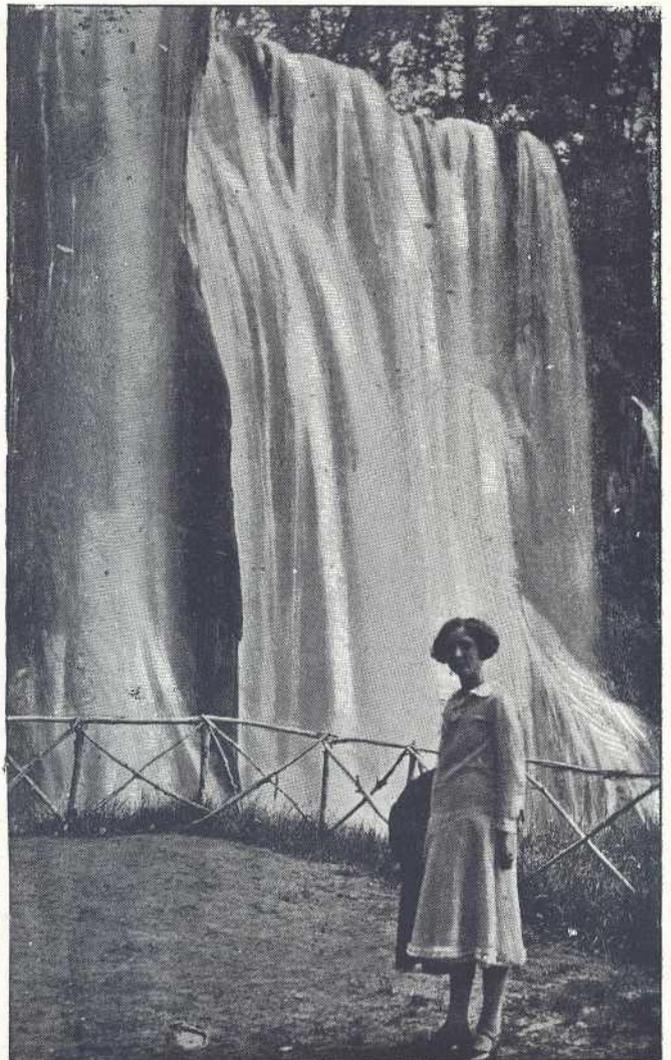
*Tus rocas que parecen brocal de abismo
miradas de los riscos de tus breñales
por donde ruedan ciegos esos raudales
en día y noche, eternos, siempre lo mismo.*

*O del abismo se alzan hasta las lomas
de colores y formas irregulares
donde cuelgan sus nidos y palomares
bandadas de volantes blancas palomas.*

Del poema *Piedra* del P. Calasanz Rabaza.

En las rugosidades de la alta sierra aragonesa, en el lugar de Cimballa, nace el río Piedra a tres leguas del Monasterio, en humilde cuna, para engalanarse al llegar a las cercanías del ex monasterio cisterciense de Santa María, y bajar después a rendir íntegro el tributo de sus caudales en el río Jalón. Dejemos su cuna y su sepulcro y admirémosle en su vida pleotórica, en su poética majestad, o sea desde el Vado y la Requirada hasta la Cola del Caballo.

Dos modos hay de recorrer este trayecto del río: siguiendo su curso natural, o remontándolo en sentido contrario a su corriente. En el primer caso habríamos de detenernos al borde de cada catarata o en la parte alta de las cascadas. En el sentido contrario podemos contemplarlas desde abajo apreciando



Cascada del Parque

mejor su magnitud y belleza. Hagámoslo así, pero solamente en el trayecto central, pues en sus extremos de Cimballa a Lugar Nuevo y de Nuévalos a las cercanías de Ateca, es un río casi vulgar y que cae fuera de los límites del presente estudio.

Antes de entrar en lo que pudiéramos llamar el término del monasterio (o más concretamente, el Vergel), el río se dividió en dos ramas: una que va a fertilizar la huerta y baja luego a alimentar el pequeño lago que hay frente a las cascadas y lado opuesto del torrente de los Mirlos; y la otra que arriba en el parque, se subdivide cerca de la ermita de Santa María la Blanca, en la misma laguna de los Argalides. Esta aparece transformada ya por las avenidas del río siendo su aspecto natural aun cuando en antiguas historias consta que el rey Don Martín el Humano pagó las obras de esta laguna para la distribución de las aguas. Y en efecto, de allí arrancan tantos arroyos como cascadas principales: «Trinidad», «Caprichosa y Baño de Diana», «Fresnos e Iris», más los chorreadores. Reunidas las aguas de los tres arroyos en el citado Torrente de los Mirlos «cual si el río quisiera sumar todas sus fuerzas para un salto decisivo» (según frase de un escritor), se lanza a un abismo de más de 50 metros de altura en el majes-

tuoso salto o celebrada catarata de «la Cola del Caballo», lo más grandioso que imaginarse puede y principio y fin o punto de partida y después nota final de nuestra breve y fluvial excursión. Con ser ésta muy corta, va a ser pródiga en emociones y tan admirable y extraordinaria que resulta punto menos que indescriptible.

José María Quadrado, en la página 587 de su libro «Aragón» dice, refiriéndose al río Piedra. «Ambicioso se divide ya en dos brazos y mientras el uno asusta la huerta con su caída para regarla después benéfico, salta el otro y se desparrama en cien arroyos entre redondas peñas en cuya disposición emuló la Naturaleza, las combinaciones del hidráulico más ingenioso. El verde oscuro del musgoso suelo asomando a través de la cándida espuma; alguna planta o arbusto brotado al parecer del seno de la corriente y combatido siempre por las mismas olas que lo vivifican; el agua risueña y cristalina, ya se desplome en masas de nieve, ya se deslice en hilos de plata, ya por cima de las rocas forme cúpulas de cristal que los rayos del sol convierten en oro centelleante... esparcen dulcemente el corazón en sentimientos de suavidad y ternura...»

CARLOS SARTHOU CARRERES.

Del libro *Las Maravillas de Piedra*.

A T A R A Z O N A D E A R A G O N

M E M E N T O

(A LA MEMORIA DE G. A. BÉCQUER)

*Recuerdo, sí, aunque lejos, creedme, de veras,
Tus llanos y montes, tus alegres regatos y tus sementeras,
Tus viñedos y tus olivares
Y tus escarpados, que lamen benéficas y tranquilas «Cequias».
Recuerdo, sí, tus austeros conventos y hermosas iglesias,
Y tus campanarios,
Y tus torres de estilo mudéjar,
De do bajan argentinos sonos
Que las tus campanas al sonar nos dejan.
Recuerdo, sí, los tus huertecicos
Repletos de guindas, de peras y fresas,
De manzaneticas, de rojas cerezas
Y de bien frondosas rotundas higueras.
Y aún recuerdo con gozo
Aquellas casillas de adobes y piedras
Y aquellas afueras de pédreas eras,
Afueras do abundan tantas fuentecicas
Que manan bajo los ribazos
O de entre las peñas.
Y me acuerdo con gusto
De aquellas placetas,
De tus escondrijos a través de muros
Que forman, sin salida, callejas.
Y aún veo contento todos tus altares
De estilos barroco y renacimiento y de Churriguera.
Y en espíritu marchó por tus carreteras
Y por tus paseos adornados de olmos
De finas acacias
Y de filas de alegres choperas.*

*Y aún oigo contento
El ruido agradable
De los borbotones del «San Juan» que brota
Aguas cristalinas
Que una parte de tu vega riegan.
Y aún oigo encantado el murmullo
De tantos molinos que el grano trituran
Para que el pan salga
De esa tu molienda.
Y pienso en aquellos trujales
Que la oliva aplastan y el orujo prensan.
Y veo en redor tus ermitas
Solitarias y alegres
Que guardan imágenes de vieja leyenda.
Y parece que entro en tus viejas posadas
Y que subo cansado tus cansadas cuestras,
Y que vagabundo entre tus recodos
Cuyo paso a la noche amedrentan.
Y me acuerdo de aquellos corrales
Y sus parideras
Y aún veo tus balsas y pozas
Donde el lino y el cáñamo templan.
Y no he de olvidar tus cipreses
De los cementerios
Cuyas puntas, por sobre las tapias,
Silenciosas, nos dicen,
Que de huesos de muerto, ellos se alimentan...*

RICARDO AZNAR CASANOVA.

Bruselas, Julio de 1927.

VISITAS AL MUSEO PROVINCIAL

II. — EL EDIFICIO (CONTINUACIÓN)

Al enfrentarse con el Palacio de Museos, se experimenta una rara sensación. La arquitectura aquella desconcierta un poco, siendo necesario que alguien venga a definirnos su estilo.

Mirada la fachada principal encontramos una parte constructiva, que recuerda cierto carácter tradicional de construcciones indígenas, y otra ornamental totalmente convencional y caprichosa.

En algunas descripciones que he leído se dice poco más o menos que «el estilo está inspirado en las construcciones regionales de la época del Renacimiento». Es posible, pero la inspiración queda reducida a emplear el ladrillo como revestimiento, recordar «la solana» por medio de una arquería ciega, e imitar «brevemente» los aleros tradicionales con un saledizo no muy artístico, aunque sí algo gracioso.

Faltan en estas fachadas elementos estructurales y ornamentales para dar una idea más aproximada de las construcciones que se intenta recordar. De esta edificación a las de la Lonja, la Audiencia, el Palacio de los Sástago, hay buena distancia.

La fachada principal, con ese pórtico clásico a la altura del piso primero que es un añadido caprichoso completamente, carece de personalidad. Las laterales son adustas. No tienen ni la austeridad fría pero monumental del estilo jesuítico, ni responden a criterio estético alguno. Paredones enormes, monótonos, niegan existencia de interior, pues no lo vemos acusado por ningún vano procurador de luces y ventilación.

Si en detalle la fábrica es arbitraria, en conjunto resulta agradable por la proporción de sus dimensiones, en lo que

creo estuvieron acertados sus autores los arquitectos zaragozanos D. Julio Bravo y D. Ricardo Magdalena.

Sobre la puerta de acceso, elevada un poco del nivel de la calle, se alza el pórtico a que aludía antes. En el intercolumnio tres matronas de buenas proporciones, simbolizan la Escultura, la Arquitectura y la Pintura. Las tres figuras fueron esculpidas por el escultor D. Carlos Palao. Las tres figuras fueron hechas correctamente, respondiendo al gusto estético de final del siglo pasado.

Sobre la puerta a uno y otro lado, dos medallones reproducen las convencionales cabezas de Apolo y Minerva.

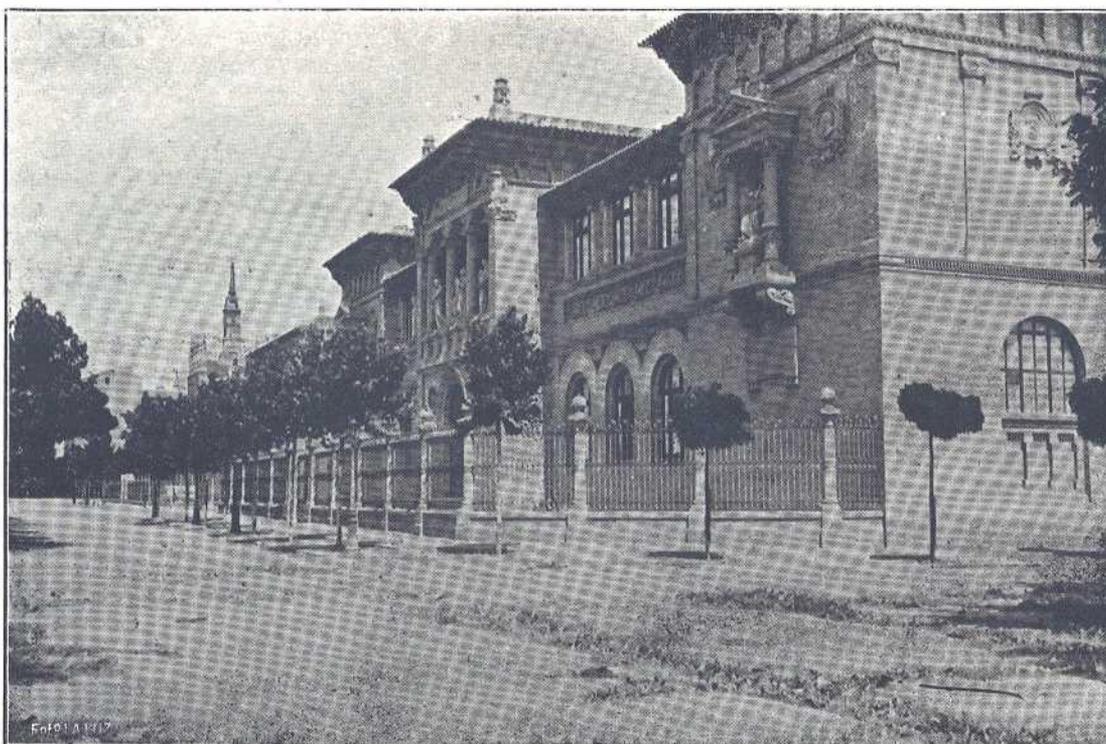
En las esquinas del arquitrabe del pórtico, figuran el escudo de Zaragoza y el de Aragón, al que se han comido el campo de Sobrarbe.

En los flancos de esta fachada, dos cuerpos de edificio avanzan a manera de torretas, y en sus respectivos paramentos exteriores se colocaron como dos templetes para alojar, el de la derecha una figura simbolizando la Industria y el de la izquierda el Comercio. Ambas figuras son obra de D. Dionisio Lasuén, y como las de Palao, del mismo gusto.

Flanquean cada templete dos medallones. En los de la derecha, están los retratos, de medio bulto, de Forment y Goya, y en los de la izquierda los de Pignatelli y J. Bruil.

Dos lápidas terminan de llenar la ornamentación de esta fachada, y están colocadas debajo de cada uno de los templetes. La de debajo de la Industria dice:

«Reinando Alfonso XIII, edificóse a expensas del Estado en conmemoración de los gloriosos asedios de 1808 y 1809».



Aspecto exterior de nuestro magnífico Museo Provincial

La de debajo del Comercio:

«Siendo Presidente del Consejo de Ministros el Excmo. señor D. Antonio Maura Montaner, edificóse en cumplimiento del R. D. de 9 de marzo de 1809 y de las leyes de 22 de agosto de 1811 y 22 de enero de 1907».

Las leyendas no son muy literarias, pero sí muy recordatorias.

En esto de las conmemoraciones, ocurre casi siempre que pocas veces llega el homenaje a quien se dedica, y las más resulta un autohomenaje del organizador. Cuando me encuentro ante casos semejantes, recuerdo un caso que me contaba un señor, muy querido amigo mío.

Sucedió, que siendo él estudiante y encontrándose en Madrid, se erigieron tres monumentos a la memoria de otros tres grandes hombres españoles. Encima de sencillos pedestales se colocaron las estatuas de los tres personajes, y en los pedestales, en sitios muy visibles, se grabaron unas llamativas leyendas diciendo que aquello se había hecho siendo Alcalde mayor de la villa y Corte un señor, cuyo nombre aun se puede leer. Descubiertos los monumentos, la gente pasaba; se quedaba mirando las estatuas e inmediatamente leían las inscripciones. No sabían quién era aquel señor de la estatua, pero sí que aquel otro era Alcalde de Madrid.

Las fachadas laterales ostentan, para matar un poco la monotonía de aquellas piladas de ladrillo, una serie de siete medallones en cada una, con los retratos de Velázquez, R. de Mur, Miguel Angel, Bayeu, M. Laviña, Morlanes y Rubens la de la derecha, y en la de la izquierda M. Tudela, J. de la Huerta, Martínez, Ribera, J. de Sariñena, M. de Mañonú y Gombao.

Después de atravesar el vestíbulo—¿lo llamó «hall»?—que nada ofrece de particular, nos encontramos en el gran patio, que es el reverso de la fachada. Todo lo que ésta tiene de incoloro—de falta de personalidad estilística—tiene el patio de belleza y remembranza. Con alguna diferencia de proporciones y las modificaciones a que obligan los años transcurridos de una a otra construcción, este patio reproduce—mejor, recuerda—aquel otro—¡qué vergüenza!—que nos dejamos llevar de la casa de la Infanta.

El haber concebido esta idea de reproducir el patio, hace merecedores a sus autores de sentido elogio, que me place consignar.

El patio del Palacio de Museos es bonito. Es una nota de vibrante emoción estética y casi constituye exotismo, aquí en Zaragoza donde no volvemos a encontrar otro semejante ni siquiera parecido. El patio, una de las más bellas concepciones de los constructores moriscos, no ha tenido ambiente en nuestra ciudad. Los que había se han hecho desaparecer y sólo como un recuerdo tenemos esas cosas que llamamos «lunas», o los antipáticos «patios de luces» de las casas de vecindad. El patio ornamental, con flores, con fuentes, con pájaros, ha desaparecido. Me atrevo a creer que esto es un síntoma de pobreza artística y económica; más aún de ésta. Tanto queremos hacer valer el solar urbano, que gastar dinero en hacer bellos patios es un despilfarro. ¡Qué le vamos a hacer!

Por los claustros de este patio delicioso, el visitante halla momentos de placer sin igual. En las inteligencias, en los espíritus, aquel ambiente obra cual inapreciable sedante, y en la imaginación menos evocadora se agolpan pensamientos y emociones de una sentimentalidad embriagadora.

En la nave izquierda encontramos las puertas de acceso a las salas del Museo Arqueológico, de las que son nuncio una magnífica colección de piedras esculpidas, trofeo preciado de las investigaciones arqueológicas de los sabios zaragozanos. De ellas me ocuparé a su debido tiempo.

La nave derecha y la principal, dan acceso al Museo Comercial de Aragón, del que se ocupó en estas páginas su Director D. Enrique Ballesteros (véase el número de Septiembre de 1926 de esta revista) y la maravillosa «Casa

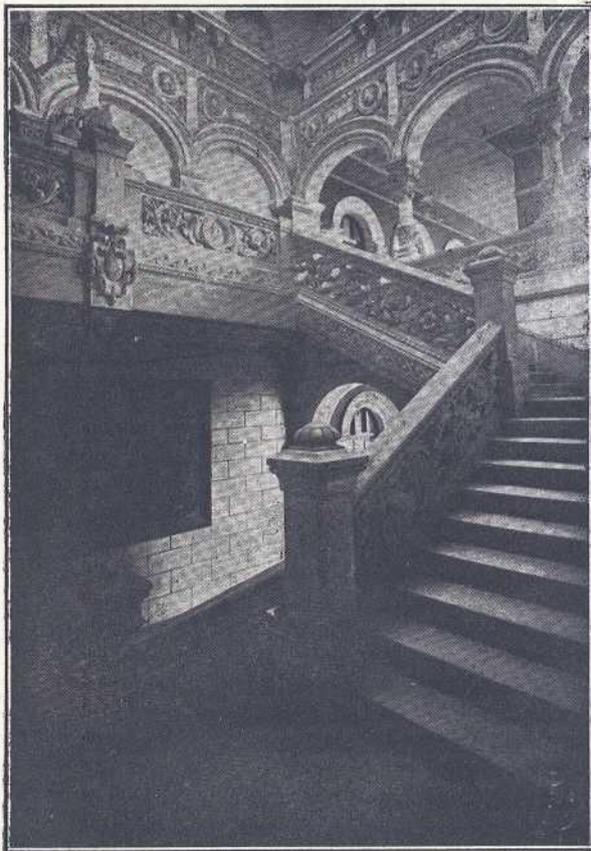
Anotana» de los Sres. Cativiela, de la que hablamos en el número de mayo del citado año.

En lugar preferente del patio, junto a la fuente mudéjar en cuyas aguas se refleja, se alza un sencillo pedestal con el busto en bronce de D. Segismundo Moret, buen político, que compartió con el insigne patricio aragonés D. Basilio Paraíso los trabajos de preparación del Centenario de los Sitios. Una lacónica inscripción, expresa bien elocuentemente el sentir de un pueblo:

«A Moret, Zaragoza agradecida.—1908».

Este busto fué modelado por el escultor Marín.

Estas salas del piso bajo, alojaron durante la Exposición Hispano-francesa de 1908 las secciones de «Industrias artísticas», «Escultura», «Sala Catalana de Arte moderno», «Museo de Guerra» y «Objetos de los Sitios».



Escalera de honor

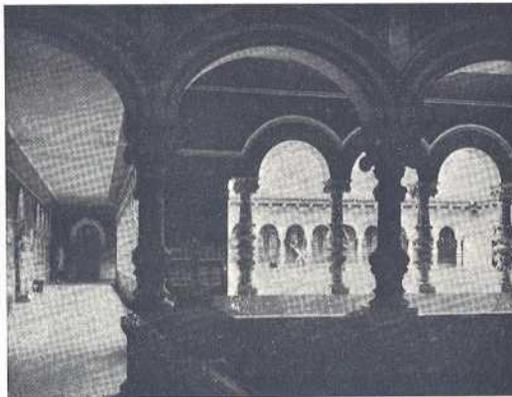
Al final del claustro de acceso, hay una vidriera artística policromada, con la silueta del templo del Pilar y dos figuras nimbadas sosteniendo una cinta con la leyenda «Museo de Bellas Artes».

Tras la vidriera la espaciosa escalera de honor, hecha en piedra tallada al gusto renacentista. Algunas esculturas y varios cuadros nos señalan haber entrado en los dominios del Arte. De unas y otros nos ocuparemos en lugar oportuno.

En sitio preferente, una lápida de mármol perpetúa el agradecimiento de la Junta del Centenario de los Sitios a la colaboración que le prestó el arzobispo Soldevilla.

Cubre la escalera una graciosa bovedilla de planta cuadrada que se apoya sobre un friso que corre a lo largo de las cuatro paredes.

En este friso una serie de medallones reproducen los bustos de medio bulto de personajes célebres de los Sitios: Barón de Warsage, Juan Cónsul, María Agustín, Manuela Sancho, Mariano Renovalés,



Vista de la galería superior

Mariano Cerezo, Miguel Salamero, Felipe San Clemente, Condesa de Bureta, Agustina Zaragoza, Antonio Sangenis, Jorge Ibort, Santiago Sas, Basilio Boggiero, Casta Alvarez, Sor María Rafols, Pedro Villacampa y Antonio Torres.

En la balaustrada se reproducen en dos medallones el anverso y reverso de la medalla conmemorativa de los Sitios, y en otros dos medallones las cabezas de los últimos reyes de España, Don Alfonso y Doña Victoria, completando la decoración una bien combinada serie de unidades ornamentales fitogénicas.

Desde esta pequeña rotonda podemos admirar la graciosa perspectiva que el claustro ofrece a nuestra vista. La luz se parte en mil combinaciones de claro-oscuro, haciendo resaltar

bellamente la talla de estas columnas platerescas que sustentan la arquería de este claustro.

Y una vez aquí arriba, veamos las salas.

MARÍN SANCHO.

(Continuará).

COSTUMBRES Y TRADICIONES ARAGONESAS

LA CARRASQUETA DE LAS TRAPAZAS

El aragonés de su natio es franco y leal; con él no se puede andar con subterfugios, pues con una espontaneidad rara en estos tiempos de doblez y eufemismos, suelta una claridad al taimado que pretende envolverlo en la trama de una dialéctica sutil. Y por su parte tampoco puede mentir, pues deja la mentira en su rostro una huella como si acabaran de pasarle un cauterio.

Tuve ocasión de ver comprobado esto con un hecho tan emotivo y elocuente, que desde aquel día crece la admiración a la tierra aragonesa a la par de mi cariño.

Hay en la provincia de Huesca unos pueblos en que se celebra con gran solemnidad lo que ellos llaman el *ajuste* matrimonial. Asistí yo a uno de éstos, y como los futuros contrayentes eran de distintos lugares, nos reunimos según costumbre las familias y amigos de ambos en un punto consagrado ya para tales actos, donde existe una copuda y añosa encina que de tiempo inmemorial sirve de templo en el pacto de donaciones y cláusulas esponsalicias.

Parte integrante e indispensable en estos actos es la comida. Improvisóse un hogar con cuatro piedras y en él la mujer asalariada para ello nos hizo un sabroso condumio. Movíanse en la gran sartén con grotesca danza los trozos del rico ternasco, el arroz, la patata y los caracoles, mientras a su lado unas docenas de costillas asábanse sobre palos, ahumando el ambiente con el pringue que de ellas se escurría. Tras la comida jovial y dicharachera y con los cuerpos rezumando mosto, bailóse como es natural una jota, ese dance tan sencillo e ingenuo como el alma del pueblo que lo encarna. Apunté las coplas y de ellas te hago gala, querido lector, seguro de complacerte:

El que te coja, mañica,
se lleva güena fortuna,
porque tu cara es un sol
que hasta por la noche alumbra.

Qué espabilada has estau
con el mocico que coges;
no se cuartiará tu casa
con el puntal que le pones.

Si el hombre es un gastador
y la mujer una chandra,
haste cuenta que han juñido
un lobo con una cabra.

Y vino el solemne momento. Poniéndose frente a frente los novios y sus padres debajo de la carrasca, cosa que en la tierra se llama *venir a vistas*, estipularon las condiciones del casamiento, declarando cada uno lo que daba a su hijo de momento sin perjuicio de lo que le correspondiese como hijuela. Conformes todos, en prueba de fidelidad diéronse un apretón de manos y se acabó la fiesta.

Las dos familias pasaban en los lugares respectivos por ricos contribuyentes, y esperábase por lo tanto una boda de rumbo en que según el ritual de la tierra luciría la novia hermosos y variados mantones de Manila, amén de otros vestuarios no menos ricos y primorosos. Boda de estas hemos visto en Fraga; en que durante los ocho días de convite ha sacado la esposa doce o catorce trajes que no tendrían nada que envidiar a los actuales de tisú de plata que llevan nuestras aristócratas.

Pero Dios dispone las cosas de otro modo, y justamente ocho días antes de la boda postró en cama al padre del novio con una grave pulmonía que le llevó en breves horas al sepulcro.

Fué el sepelio ostentoso según cuadraba a su categoría; asistió la familia de la novia y cumplieronse punto por punto todas las rúbricas que la costumbre impone. Una gran comida con alubias



negras, estofado de cordero y las consabidas almendras, aunque toda ella en la mayor seriedad y con pocas palabras si no son para enaltecer al difunto; rosario durante ocho días convocado por el campanero de la parroquia con pausados toques en calles y plazas; despojo de campanillas y adornos a las caballerías y de esquilas a los ganados y en fin, encerrona de la viuda en su casa por lo menos en el año de luto ríguoso.

Pero ya dice el refrán: *Bien hayas mal si vienes solo*, porque en nuestro caso no fué la muerte del padre la sola desgracia que cayó sobre la familia, sino que aún estaba casi caliente el cadáver, cuando presentóse en el pueblo un viejo de mugriento chambergo, larga y desvaída capa y cara de presidiario que bien desmentían unas torcidas gafas y cuatro pelos en guerrilla.

—¡Ave de mal agüero! dijo una avispada comadre.

—¡Ya vendrá la guardaña a llevarse pedazos de carne entre las garras! exclamó otra, y así siguió la [letanía de denuestos hasta que el viejo desapareció tras el umbral de la casa de Fortún, que así llamaban a la del difunto.

Como siempre hay en el mundo quien se despepita por dar una mala noticia, una envidiosa sopló al oído del padre de la novia: señor Ramón, ese viejo que acaba de entrar es un tío usurero que hace tiempo venía prestando al muerto dinero para sostener la casa.

—¿Qué dices? repuso asombrado el buen hombre.

—Lo que V. oye; si no hubiera sido por él, ya estaría abajo; han tenido muy mala administración y los dos hijos pequeños tienen más ganas de hacer el jaque que de hincar el hombro.

—Vosotras exageráis siempre.

—Entérese y verá si le engaño. Más le digo; ya tiene hipotecadas las mejores fincas. Han venido muy malos años y la peste del *ganao* le dejó casi en la calle hace dos años.

Por desgracia era todo verdad. El señor Ramón marchóse a casa, y puede imaginarse el efecto que causó la noticia en toda la familia y en especial en la pobre Teresa que ya estaba contando los momentos que faltaban para su boda. Solo una idea pasaba por la mente de todos. El padre la expresó así a su hija:

—Hija mía, tu asunto ha cambiado por completo y hay que pensar en otra cosa.

—¿Por qué?

Porque es imposible que la hidalga casa de los Artal se una con la que está arruinada y con la honra hecha jirones.

—Pero, padre, ¿el matrimonio es unión de dinero o de almas?

—De almas y cuerpos, aunque de aquellas más que de éstos.

—Pues entonces lo que primeramente hay que buscar es el patrimonio de las almas, y no el vil metal que es el de los cuerpos. Y por lo tanto para esa unión santa e indisoluble es el amor santo y las hermosas virtudes lo que principalmente se requiere para que haya compenetración de voluntades y trabazón indestructible de afectos.

—Pero y la honra ¿no es patrimonio también del alma?

—¿Y ha perdido mi novio un ápice porque sus hermanos sean unos manirroto y su padre un descuidado?

—Bien, bien, callemos... Mientras yo viva no se hará tu boda en esas condiciones.

—Ya os dije yo, exclamó la abuela que no me gustaba un casorio arreglado en la *Carrasqueta de las trapazas*. Se ha dao allí tantas veces gato por liebre!

Y tenía razón la experimentada vieja; el vulgo que aunque le llame necio Lope de Vega, tiene a veces clarividencias de sabio, había aplicado a la famosa encina el remoquete de *Carrasqueta de las trapazas* por los muchos trucos que se habían dado bajo su sombra.

Pero el actual de los Fortún tuvo tal resonancia, que parecía que aquellas montañas se complacían en repetir con eco interminable el tremendo fracaso. Se trataba nada menos que de dos casas solariegas del valle. ¿En qué pararía el asunto?

Tuvo un final desconcertante. En él se ve de cuánto es capaz un alma aragonesa cuando se la pone en tensión.

Han pasado seis años. Un día de este verano me ocurrió hacer una escapatoria a Boltaña para visitar a unos amigos, y cual no fué mi sorpresa cuando al entrar en casa de uno de éstos, oigo que me dicen:

—Qué sorpresa, D. Luis. ¿A qué se debe tanto de bueno?

Me volví y veo a Teresa. Asombrado le pregunté: ¿Qué es esto? ¿Cómo tú aquí?

—¿Le extraña, verdad?

—Supongo que estás sirviendo ¿no?

—Así es.

—Pues ¿cómo no me he de extrañar al ver de esta manera a la hija única de mi amigo Artal?

—Pues mire V., Dios lo dispone así y yo tan contenta.

En este momento salió un rapazuelo hermoso que se agarró a las faldas de la joven y ésta prosiguió: Ya ve V., con este encanto me basta para vivir alegre.

—Pero ¿qué ha pasado? Y perdona que insista en mis preguntas, pues el cariño que os tengo me hace tal vez ser indiscreto.

—Connmigo nunca, D. Luis. Ya le contaré lisa y claramente lo que ha pasado; pero desde luego no se forje V. grandes tragedias ni calamidades en mi vida; todo en ella es sencillo como el campo de nuestro valle y tan puro como el agua de nuestras montañas.

—Bien, luego me contarás porque me tienes el corazón en un grillete. Voy a cumplir en breve rato con esta visita y enseguida nos veremos.

Al poco rato la pobre Teresa me abrió su alma con un relato que si dejó en mis labios una amargura de hieles, despertó en cambio en mí un ansia feroz y una alegría inacabable de vivir siempre en esta tierra de ingénita nobleza. Así me habló la joven: Ya sabe D. Luis, en qué paró la riqueza e hidalguía de los Fortún; pues bien, a los pocos días de morir el padre, presentóse Manuel en casa extrañado de no tener noticias más a pesar de la proximidad de la boda. Mi padre, para quien la honra de un hidalgo es el sillar fundamental que sostiene la casa, le espetó a boca de jarro al pobre mozo esta sangrienta respuesta: Mira, Manuel, no cuentes más con mi hija; he



sabido que vuestra hacienda está en ruinas, y son mis hombros harto débiles para levantarla. El engaño de tu padre el día del ajuste en la Carrasqueta, deja su fama y nobleza mal paradas.

Mire V.; toda la sangre de mi novio debió salirse de las venas ante aquel pistoletazo y buscando un vaso donde pararse lo encontró en su cabeza. Sus ojos y pómulos eran brasas de un hogar y tal era el calor que producía el combustible que había dentro, que empezaron a abrirse las válvulas y dejaron escapar destilados en lágrimas y sudor todos los malos humores que en su cuerpo hervían. Pero se sobrepuso por mí, y sin decir ni una sola palabra marchóse el desgraciado. Aquello, créame, fué el martillazo final que acabó de unir los eslabones de la cadena que me tenía sujeta a él. Aquel hombre me amaba con amor sincero y desinteresado y esto me bastó para pasar por todo.

Bien claro veis, dije a mi padre, que Manuel no ha tenido la culpa de su desgracia, y por lo tanto, sabed, que o no me casaré, o será con él, aunque el mundo entero se oponga. Y así fué. A pesar de haber escrito mi novio dando a mis padres todas las seguridades de levantar su casa y devolverle su antiguo esplendor, de trabajar todo lo posible por cancelar las hipotecas que tenían las fincas principales, cuatro de las cuales teníamos asignadas nosotros, fué inútil.

Ante una negativa tan injusta y fuera ya los dos de la patria postestad, nos casamos santamente, yendo a vivir a casa de mi esposo, pues excuso decirle a V. que mis padres me dejaron tan solo con la ropa que llevaba puesta.

El sentimiento del honor hizo tal mella en Manuel, que apoderóse de todo su ser una tristeza feroz y huraña que le hacía esquivar el trato hasta de los mismos suyos. Solo conmigo estaba afable, cariñoso y comunicativo.

Un día en que el mal tiempo le retuvo en casa, llamóme a solas a la habitación y me dijo: Teresa, yo quiero probar a tus padres que no tuve parte en el engaño disculpable de los míos, y para convencerles de cuánto puede en mí la lealtad, voy a tomar hoy una resolución fatal, humillante y aflictiva, pero la única capaz de salvar esta situación que está minando mi cuerpo con su recuerdo. No me la desapruebes, aunque tú seas la primera víctima, pues no sabes el sacrificio que me cuesta causar tu infelicidad y la mía.

D. Luis, no puede figurarse lo que sufrí en aquellos momentos.

Las palabras de mi esposo me sonaban por su tono desesperante a suicidio. La Santísima Virgen del Pilar, a la que invoqué con todo el fervor en tan angustioso trance, vino sin duda en mi favor y pude sostenerme de pie, pero no veía; solo recuerdo que me eché a su cuello llorando amargamente y él me tranquilizó diciendo: No temas, mujer, ni pienses ningún disparate en mí; ¿crees que tengo en nada la fe y religión de mis padres para perderme con un infamante crimen? No; es mucho más noble y honrosa mi determinación. Mañana mismo partiré para Francia, solo, a trabajar día y noche, ahora que hay falta de brazos, y ganar el dinero necesario con que redimirnos de esta infamia.

Te dejo bajo el cuidado de mi madre sin ningún recelo ni duda de tu fidelidad; yo vendré de incógnito a traerte el dinero ganado, y cuando tengamos el suficiente para devolverle al guardaño de don Lucas sus préstamos, nos presentaremos ante tu padre con la frente alta y limpia del estigma de falsedad que hoy injustamente la afea y le pediré, no tu hijuela, que no la quiero, sino el honor de mi casa que tiene él en entredicho.

Ante tanta grandeza de alma, D. Luis, yo me rehice por completo y le dije: Vete en paz y sabe que yo abundo en tus mismos sentimientos y te he de ayudar a alcanzar cuanto antes nuestra redención. El día mismo en que tú partas, lo haré yo también y me pondré a servir hasta que el Señor quiera juntarnos.

Llevaba en mis entrañas de pocos meses este hijo querido, y no me dejaron salir, pero en el momento en que vino al mundo, busqué esta casa rica y amiga de nuestra familia, donde hace cinco años sirvo a dos ancianos con una paz y una alegría inestimables. Manuel ha venido a verme dos veces y creo que pronto nos veremos libres de esta carga, pues ya suman, como puede ver V. por este resguardo del Banco, varios miles de francos lo ganado santamente entre él y yo.

Mi enhorabuena, Teresa, le dije yo cuando acabó su relato; en mucha estima os tenía antes, pero ahora sube de punto mi cariño hacia vosotros y siempre os recordaré ante el mundo como ejemplares de la raza. Quiera Dios que el próximo verano, acabado ya vuestro martirio, pueda abrazaros juntos reconciliados ya con tu padre y celebrar con una merienda el drama de la Carrasqueta de las Trapazas.

LUIS M.^a DE ARAG.



LABOR DEL SINDICATO

Todos los años, el mes de nuestras fiestas tradicionales obliga a dedicar todo el esfuerzo social a la colaboración con las autoridades y comisiones oficiales para la organización de festejos y su realización, además de llevar a cabo la tarea extraordinaria para el servicio de los viajeros que en esos días visitan la Ciudad. Más este año por la inusitada afluencia de forasteros y el gran número de personalidades que honraron a Zaragoza con su presencia.

Existían en la Ciudad y en diversos centros, listas para la formación de censos de alojamientos que pudieran servir en momento determinado como eficaz complemento de insuficiente hospedaje habitual. El Sindicato ante el temor de repeticiones inevitables que impidieran todo cálculo exacto y produjeran una desorientación cierta, rogó al Excmo. Ayuntamiento la centralización de todos esos esfuerzos, suprimiendo la duplicidad de trabajos como el mejor remedio para evitar los dichos inconvenientes.

Por disposición, superior en las oficinas de este Sindicato se concentró todo lo relativo a ofertas e informaciones de esta naturaleza y tal medida ha producido inmejorables resultados.

* * *

Tanto la Junta de Peregrinaciones, como el Comité organizador del Congreso Remolachero, utilizaron los datos suministrados por el Sindicato, en cuya oficina se facilitó además alojamiento a un extenso contingente de viajeros, prestando de esta manera durante la jornada y en horas extraordinarias un servicio necesario y de indudable eficacia.

El Sindicato, invitado galantemente, estuvo representado en los trabajos de organización del ya citado Congreso Remolachero a cuyo fin designó un miembro de la Directiva. Entre los congresistas se repartió abundante propaganda aragonesa.

* * *

Una comisión especial nombrada al efecto, estudia

con interés todas las cuestiones planteadas por el futuro Congreso de Turismo que ha de tener pronta realización. Así lo creemos puesto que la campaña iniciada en las columnas del popular diario madrileño *Heraldo de Madrid*, logró general aprobación y mereció las más apreciables adhesiones.

* * *

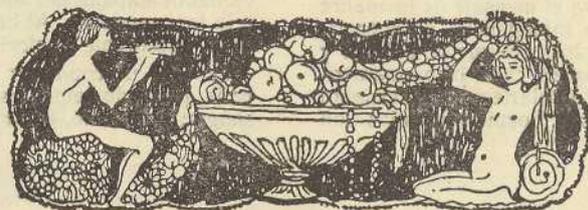
D. José Herrero, de Barcelona, ha publicado un interesantísimo folleto, planteando también esta cuestión de actualidad, de unir las actividades dispersas que elaboran por crear con la industria del turismo una fuente de ingresos. El Sindicato como siempre que es solicitado, ha emitido su opinión, después de meditado estudio, de acuerdo con dicho señor respecto de la necesidad de agrupar los esfuerzos dispersos que realizan las entidades que como los Sindicatos de Iniciativa han orientado la propaganda en España por nuevos derroteros.

* * *

Visitaron la oficina del Sindicato, el Director de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla, D. Romualdo Alvargonzález y D. Mariano Ferrer, de la Unión Ibero-Americana, que tiene la exclusiva para la edición de un catálogo, que con el nombre de «Libro de Oro», resumirá la labor y trascendencia de tan importante reunión comercial y artística. El Sindicato asistirá llevando a la Exposición, lo más selecto de su propaganda y la que para tal fin editará oportunamente, para que el stand que se le destine, sea un nuevo y poderoso elemento de atracción.

* * *

Respecto de un artículo editorial aparecido en el diario madrileño *El Sol*, donde insidiosamente se herían los sentimientos religiosos de los zaragozanos, esta agrupación estimuló de todo corazón al periódico diario de Zaragoza *El Noticiero*, único paladín en aquel momento de la Ciudad escarnecida.



Un discurso del Marqués de Merry del Val

En el acto celebrado en el Centro Español de Londres con motivo de la Fiesta de la Raza, el pasado Octubre, el Embajador de España Sr. Marqués de Merry del Val, pronunció un discurso que nos complace reproducir por las cálidas frases de elogio que tuvo para nuestra región.

«En medio del camino de la vida, en plena peregrinación dolorosa de penas y trabajos, en los momentos de mayor negrura, se abre el cielo, cae sobre nuestras almas un rayo de sol, viene un inesperado solaz a levantarnos y fortalecernos el ánimo.

No ha mucho recibí aquel consuelo, sentí aquella inspiración al trepar hasta la cima de uno de los más santos lugares de España: el cerro en que se asientan los monasterios de San Juan de la Peña, el Covadonga de Aragón. A mis pies, frente a San Pedro de Siresa, el otro eje de la primitiva Reconquista, se desarrolló el antiguo reino de Sobrarbe, cuna de la Monarquía aragonesa, no menos gloriosa, no menos fuerte que la de Castilla, con la que un día se había de identificar, naciendo de aquel feliz e indisoluble maridaje la nación que lleva el nombre de España. Y al contemplar aquel rudo paisaje, al recordar que entre aquellos riscos, en aquellas honduras, en aquel yermo habitado por ermitaños se había forjado el reino de Aragón, la mitad del cuerpo y alma de España; al recordar que generaciones enteras de Reyes habían tenido ahí mismo su palacio, y generaciones enteras de infanzones, de ciudadanos y de plebeyos se habían reunido en Cortes bajo el cayado y el consejo de sus preladados y el cetro de sus Monarcas, nuevamente se estremeció mi alma, midiendo con la imaginación toda la entereza, todo el tesón de los que sobre tan toscos y tan escasos cimientos supieron fundar y levantar tan colosal edificio.

Una vez más me incliné entonces, reverente, ante la raza, verdadero conjunto de nobles cualidades, fuente perenne de fuerza y vitalidad, mientras mis ojos vagaban desde aquellas alturas hasta las ciudades, los montes y llanuras de Italia, las lejanas costas de Grecia y Africa, la inmensidad de los mares de Oriente y de Occidente, los espacios sin límites de las tierras americanas, sojuzgados todos por los hombres que salieron de aquellos picos y de aquellos valles. Y oyendo y viendo todavía en derredor mío el mismo habla, el mismo porte, admiré la raza que todavía se esparce a borbotones por el Nuevo Mundo. Y una vez más surgió ante mis ojos la visión del porvenir, de un día no menos cierto, porque ninguno de nosotros lo ha de ver, el día de la unión de la raza entera, la hora bendita en que todos sus factores, olvidando ambiciones, rivalidades y prevenciones mezquinas, se fusionen en una sublime coalición, sin perder su respectiva independencia y libertad, engarzándose como las piezas de una máquina hermosa y perfecta para la realización de los fines comunes a todos y para la defensa y aprovechamiento de los intereses comunes a todos; en una palabra, para la vindicación de la raza española en todas sus formas y derivaciones, de la vida espiritual e intelectual de la raza, unida en una obra de progreso y de paz. Que ese día ha de llegar, por lógico efecto de fuerzas latentes irresistibles, y ha de ser el día del triunfo, del triunfo de la raza, ¿quién lo puede poner en duda?

Empiezan a hacerse sentir aquellos factores. Cada día que pasa, cada festejo común que se celebra, cada emigrante que a las Américas lleva el mensaje de la madre patria con su laboriosidad, su inteligencia, su energía; cada libro de nuestra antigua historia que se publica y se difunde por tierras de Ultramar, cada hispanoamericano que viene a visitar la casa solariega, cada español que a su regreso eleva escuelas, hospitales, asilos con

el tesoro que amasó allende el Atlántico, incitando con su ejemplo a la generación adolescente a trasladarse y radicarse en América, todos estos factores contribuyen por su multiplicación y aglomeración a formar y acelerar aquella íntima y a la vez independiente unión, clave del futuro resurgimiento mundial de la raza entera.

Salieron ya los pueblos hispanos de su primitiva inconsciencia, buscando puntos de armonía y ocasiones de cordial compenetración, proclamando como oficial la fiesta de hoy, fomentando el intercambio intelectual y artístico. Afenta a su misión de madre, España da el ejemplo. Su Monarca y su Gobierno celebran la Fiesta de la Raza con toda pompa; su pueblo les secunda con entusiasmo; sus aviadores y aeronautas renuevan en los aires la empresa de Colón y las hazañas de sus adelantados; sus sabios aumentan sin cesar el caudal de la historia de España en América; sus más bellas capitales preparan bajo los auspicios del Estado muestrarios de los productos de las tierras de habla española, del ingenio y de la industria de la raza, en forma tal, que, después de servir de punto de atracción y de foco vigorizante para todos los de aquel origen, han de quedar como centros de cultura, como hospedaje permanente, intelectual y material, para sus hijos de América.

Y a la par retoña el añoso tronco, el árbol santo de España, con rejuvenecido vigor en todas sus manifestaciones. Reforma y extiende la instrucción y cultura populares, provee a la vejez y a la enfermedad de sus más humildes ciudadanos, desarrolla su industria y sus medios de comunicación, consolida y sana su riqueza, honra y fomenta su arte, siempre lozana y palpitante de vida y de iniciativas, de generosidad y de nobleza. Finalmente, en estos mismos días, recompensa y festeja a sus héroes, que en ardua e interminable campaña han sabido encadenar nuevamente la victoria a sus estándares. El paseo triunfal de nuestros Reyes a través de tierras empapadas, como tantas otras, con sangre española e iluminadas hoy con el sol de la gloria así lo publica al momento entre las aclamaciones de nacionales e indígenas.

Bien sabéis que el Gobierno de Su Majestad ha querido festejar en España la fecha de hoy, que no sólo conmemora el descubrimiento de América, sino también a la Virgen del Pilar, excelsa Patrona nacional, con una manifestación de gratitud y de ensalzamiento dedicada a cuantos propugnaron la causa de España en Africa, sin mirar por la vida, por la salud ni la propia hacienda, como siempre lo hacen los hombres de nuestra raza cuando se juega el honor de la bandera. Englóbanse en la fiesta; no sólo los jefes y oficiales, sino los más humildes soldados que figuraron en filas desde 1909, unidos todos en fraternal abrazo como hijos de una misma madre: la raza española.

Llena mi corazón de alegría la presencia de los representantes de las naciones hispanoamericanas que han querido honrarnos con su participación en este solemne recuerdo de nuestra hermandad. Y no dudo que al levantar sus copas con nosotros se unirán al regocijo nacional de España por haber puesto feliz y brillante cima a la tarea africana. Al hacerlo así festejarán una gloria suya, puesto que es gloria de la raza.

Levanto mi copa por la América española, por España, por todos aquellos por cuyas venas corre nuestra sangre; la levanto, en fin, por la raza.»

GARAGE MODERNO

Capacidad, 100 coches

Cabinas individuales

GRAN TALLER DE REPARACIONES

Agentes para Aragón de los automóviles

HUDSON ESSEX RUGBY

AGENCIA de los acreditados acumuladores

EXIDE

carga, reparación y venta

Gasolina americana **AUTORINA**

Accesorios y

AUTOMÓVILES DE ALQUILER

Mercedes, 11 y 13
(junto P. Pamplona)

TELÉFONO 14-35
ZARAGOZA

MUSEO COMERCIAL DE ARAGÓN

SITUADO EN LA PLAZA DE CASTELAR
(PALACIO DE MUSEOS)

INFORMES COMERCIALES
TRADUCCIÓN DE CORRESPONDENCIA
Y DOCUMENTOS MERCANTILES

Visítese el Museo y gustosamente se informará de su funcionamiento sin que signifique compromiso alguno para el visitante.

HORAS DE DESPACHO PARA EL PÚBLICO
DE 15 a 18

DOS PRODUCTOS NOTABLES

PULMONAL HIRCH^s

Infalible para combatir los **CATARROS** y **PULMONÍAS** + El mejor preservativo contra la **TUBERCULOSIS**

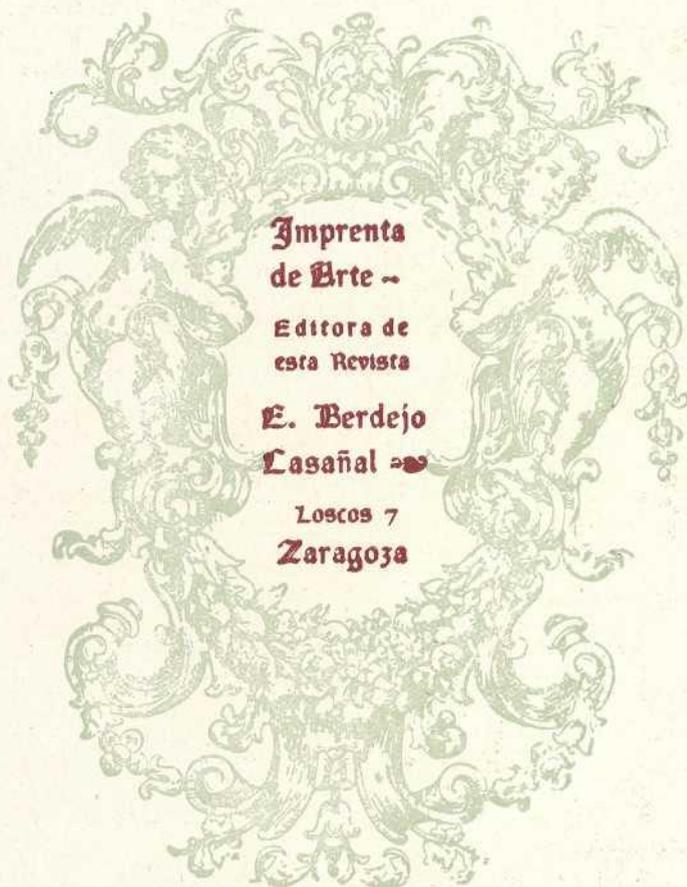
NASOL VEDLIZ

Insustituible para curar instantáneamente los **CATARROS NASALES**

LABORATORIO DE

RIVED Y CHOLIZ

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



Imprenta
de Urte

Editora de
esta Revista

E. Berdejo
Lasañal

Loscos 7
Zaragoza

Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón

BUREAU A PARIS,
2, Chaussée d'Antin.
(Angle du Boulevard
des Italiens)

~ PLAZA DE SAS ~

(entrada Estébanes, 1, entlo.

ZARAGOZA

TELÉFONO 164

IN LONDON,
The Spanish Travel
Bureau Ltd.
87, Regent Street
London, W. 1.

ATRACCION DE FORAS- TEROS - TURISMO ~ ~ ~

Salón de lectura ~

~ Horarios - Tarifas

Informaciones - Guías

Ilustradas - Itinerarios

Informes absoluta-

mente gratuitos ~

En el mismo local está domiciliada la

REAL ASOCIACIÓN

AUTOMOVILISTA

~ ARAGONESA ~

Esta revista la recibirán gratis los afiliados al Sindicato